

La Esfera

28 Abril 1917

Año IV.—Núm. 174

ILUSTRACION MUNDIAL



"GRAND SOUPER", dibujo de Ricardo Marín

DE LA VIDA QUE PASA



WILSON, GOETHE Y HEINE

EL Congreso de Washington ha declarado la guerra á Alemania. Los alemanes de los Estados Unidos se resignan al hecho consumado. El principal de sus periódicos, la *Staatszeitung*, aconseja á los naturalizados americanos que sean fieles á su nueva patria, y á los no naturalizados que se callen. El servicio militar obligatorio hará que muchos miles de alemanes-norteamericanos peleen contra su patria de origen. Y el mundo sabe que se está derrumbando un gran Imperio. Como cayó Babilonia, como cayó Nínive, como cayeron Persia, Egipto y Roma, así caerá Alemania, y pronto.

La caída de un Imperio parece ser tema de epopeya. Pero no estoy seguro de ello. Un grande Imperio no es más que un grande amor-pasión. A fuerza de amor por el poder se van construyendo los imperios. Y así el desvanecimiento de la ilusión imperialista tiene que ser para los alemanes imperialistas algo muy parecido al desvanecimiento de una grande ilusión amorosa.

Por eso he leído en estos días el *Intermezzo Lírico*, de Heine. Lo he leído despacio, pesando las palabras, balanceándome en su ritmo, anotando las líneas más felices, es decir, las que me han hecho llorar más. Si hubiera hecho caso de la crítica alemana, habría leído las *Elegías Romanas*, de Goethe. Los alemanes dicen que la mejor poesía lírica es la alemana, que su mejor lírico fué Goethe, y que el mejor poema lírico de Goethe son las *Elegías Romanas*. Es el poema dicen, del triunfo del amor.

También he leído las *Elegías Romanas*. «Sin el amor—dice Goethe—ni el mundo sería mundo ni Roma sería Roma.» Pero en las *Elegías* se puede encontrar todo, la fuerza, el ritmo, la historia, el paisaje, la palabra suprema, el vuelo del genio; lo que no se halla es el amor, como no sea aquel amor que definía Teófilo Gautier: «El amor es, entre las naturalezas generosas, gratitud por los placeres recibidos.»

Goethe ha encontrado al volver de Roma una muchacha joven que le quita de encima las insustancias pesadas de la cuarentona Frau von Stein, y que no se hace mucho de rogar para concederle sus favores. Goethe se siente agradecido y escribe sus versos para contarle á todo el mundo que la joven Cristiana se pasa con el poeta las noches largas en el lecho.

Goethe cuenta, textual, que no le gusta dormir solo, ni verse interrumpido en sus caricias,

sino que prefiere gozar con tiempo y comodidad del bien asegurado. Y está claro que semejantes sentimientos no son los de un amante, sino los de un egoísta que se deja querer.

Me vuelvo al *Intermezzo*. Aquí hay amor verdad. Por eso no es un poema de triunfo, sino una elegía, una lamentación que Heine no llama elegía por no enmendarle la plana á Goethe, aunque debiera habérsela enmendado. Está en la naturaleza de las cosas que el amor-pasión nos haga desgraciados, porque en el caso más frecuente de que no haya correspondencia, es la pena de Tántalo, y cuando la hubiere, la pasión es llama en que los enamorados se consumen en vano, sin reparar en la vanidad de su concunión sino cuando es irremediable. «Contigo porque me matas, y sin ti porque me muero.» *Nec tecum, nec sine te vivere possum*, es el tema fatal y eterno del amor-pasión. Quien no se lo haya dicho desde las fibras últimas del ánimo, no sabe ni puede decir lo que es amor.

Pero Heine lo sabe. Ha tenido la suerte y la desgracia de entrar en la juventud por la puerta de una pasión no compartida. Sabe lo que es enajenamiento del que vive sin vivir en sí mismo. Dios le ha dado el don de pensar con la complejidad de un estudioso y de escribir con la sencillez espontaneidad con que canta la alondra. Su infortunado amor le ha hecho viejo á los veinte años. Y su poema de juventud, el *Intermezzo*, es realmente la reminiscencia de un caballero pálido y anciano que vaga por los salones de su desierto caserón y sueña con que los pétalos marchitos y dispersos de su alma vuelven á reunirse en la corola de su amor.

En las alas del canto vuela á orillas del Ganges para beber amor y reposo y soñar sueños felices bajo las copas de las palmas. El mundo dice que ella es mala, ¡si supiera cuán dulces son sus besos! Si supieran las florecillas—lo que sufre mi corazón—llorarían todas conmigo—para cura de mi dolor!

Pero, no; no es con esa interpretación literal como leo á Heine. El amor á las criaturas es del mismo carácter cuando se dirige á una mujer que cuando quiere la dominación. El ambicioso en el grado álgido de la ambición es lo mismo que el enamorado, más cauteloso, más previsor quizás, pero poseído por la misma llama. El afecto de Enrique Heine hacia la cruel hija de su tío Salomón, de Hamburgo, es el mismo que Alemania

entera ha sentido durante dos generaciones por el imperio del mundo: un amor que se olvida hasta de Dios.

«Los muertos resucitan; el día del Juicio los llama al tormento y á la gloria; pero á nosotros no nos importa, y seguimos entrelazados.» El pino del Norte sueña con la palmera de Oriente. Pero cada paisaje de delicias que columbra en sus sueños se disuelve como espuma á la fría luz de la mañana. Muchas mujeres le han querido, muchas le han odiado; pero la única que le ha atormentado, encolerizado y entristecido, ni le ha querido ni tampoco le ha odiado. Por eso sus cantos son veneno; ¿qué otra cosa podían ser?

¿Qué es la amada, sino una sombra insubstancial? El caballero está loco, locuras son sus sueños, sus brazos se quieren abrazar á las paredes, el suelo se abre á sus pies. Doce gigantes, tan grandes como el San Cristóbal de la Catedral de Colonia, se llevan el caballero muerto al mar.

El caballero muere, pero no se arrepiente de su amor. Esto es característico de Alemania. Don Juan y Don Quijote se arrepienten. En vano recorrerá el lector los clásicos teutones en busca de un caso de arrepentimiento. Y ello por culpa de Lutero. A los alemanes les basta con la fe para salvarse. Los demás europeos necesitamos el arrepentimiento. Como á los alemanes les basta con abrazarse á la Cruz, se han olvidado de cómo se hace un examen de conciencia. Y cuando pecan no saben que pecan.

Porque esto de amar á una criatura, sea mujer, sea imperio, con el amor infinito que debemos únicamente á Dios, es realmente un pecado muy grave, un pecado mortal, del que sólo nuestro arrepentimiento y la Divina Misericordia podrán absolvemos. Es pecado que generalmente lleva en sí mismo su castigo, porque el objeto de nuestro amor y de nuestra ambición se suele volver contra nosotros para partimos en dos el corazón.

Pero hay que arrepentirse. Porque el arrepentido encuentra en su misma contrición el manantial de una nueva vida, mientras que al no arrepentido no le queda otra vida posible que el recuerdo amargo de la ilusión desvanecida. Su vida es pura supervivencia sin objeto. Y ya lo dijo Kempis, otro alemán, pero anterior á Lutero:

Vita sine proposito, languida et vaga est.

RAMIRO DE MAEZTU

Londres, Abril 1917.

ESCENAS DE LA GUERRA



SOLDADOS INGLESES CONDUCIENDO MUNICIONES A LAS LINEAS AVANZADAS, DURANTE UNO DE LOS COMBATES EN EL NORDESTE DE SOSSONS

DIBUJO DE MATANIA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA PRINCESITA DE LOS PIES DESCALZOS, cuadro de José Pinazo Martínez

LA REINA EN EL HOSPITAL GENERAL



S. M. la Reina Doña Victoria visitando la sala de operaciones del Hospital, en la visita que hizo á dicho establecimiento benéfico el día 23 del actual

FOT. CAMPÚA

EN la mañana del lunes, S. M. la Reina Doña Victoria visitó el Hospital Provincial. Al bajar del automóvil regió fué objeto de vítores y aclamaciones por una inmensa muchedumbre que allí se había congregado. En el vestíbulo recibieron á la bella Soberana, á quien acompañaban la duquesa de San Carlos y el duque de Santo Mauro, el ministro de la Gobernación, el gobernador civil, el presidente de la Diputación provincial, el

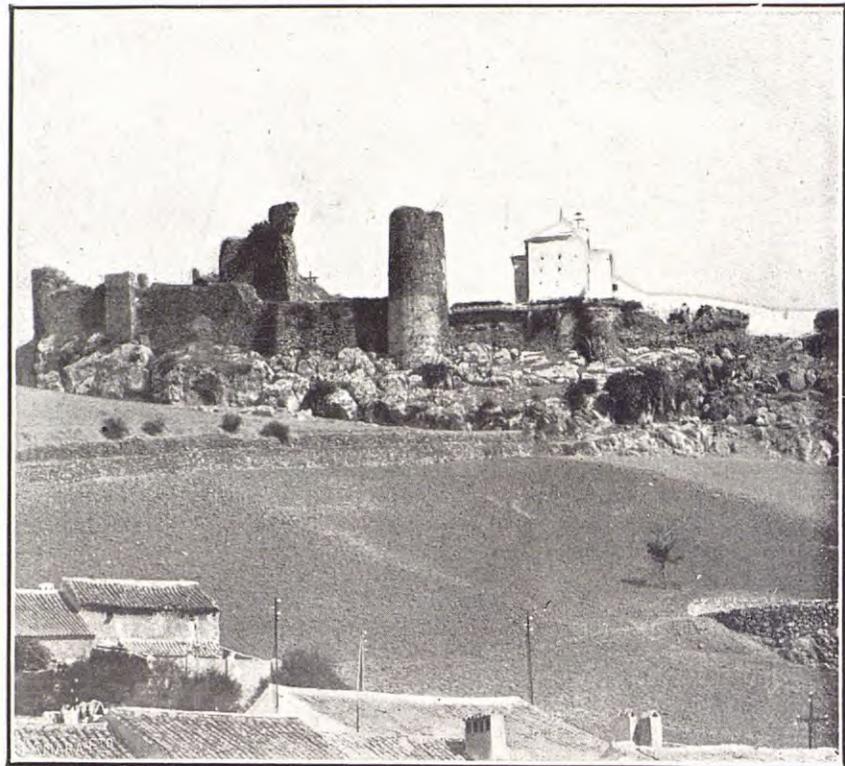
director y el decano de los médicos del Hospital, la superiora de éste y una nutrida Comisión de diputados provinciales. También se hallaban presentes todos los médicos de servicio en aquel benéfico establecimiento. En representación del director general de Seguridad asistió D. Patricio Gil. Las galerías del Hospital hallábanse llenas de estudiantes de San Carlos, alumnos internos, enfermeros y hermanas de la Caridad, que vitorearon á S. M.

LA ESFERA DE LA VIEJA ESPAÑA



Iznajar (Córdoba).—Vista parcial del pueblo y en la cumbre el castillo

FOTS. CASTELLÁ



Carcabuey (Córdoba).—Ruinas del histórico castillo

La obsesión de morir

EN un periódico norteamericano, planteaba hace poco tiempo un sabio bondadosamente contrito ante el porvenir de la Humanidad, el problema que para la salud de las razas constituirán los millones de hombres depauperados en el persistente horror de la guerra. El sabio acusaba el peligro de que esos hombres, débiles, quebrantados por el rigor belicoso, invadidos por males y flojeras, perdida la fuerte sanidad en la vida de la trinchera, en el hambre de los sitios, en las penalidades de las marchas por los montes nevados y por los llanos abrasados bajo el sol, cuando la paz sobrevenga, mezclen su sangre debilitada y empobrecida, en el torrente nacional, y la nueva generación surja con taras y miserias, inapta para la lucha, padeciendo la maldición de esta contienda bárbara.

Y el sabio da la solución consabida para estos problemas de la eugenesia: cohibir el amor de los depauperados, negarles el derecho á querer, en toda la satisfacción completa de esta ansia. Es preciso velar por la vida de los que han de venir.

Sin embargo... El mejor tratamiento para la Vida es no pensar en ella. La vida, como la felicidad, no debe sentirse ni meditarse; en cuanto se advierte, comienza á ser amarga. Ocurre lo mismo que con el hígado ó el peritoneo, por ejemplo. A la mayor parte de los mortales les decís que tienen peritoneo y lo toman á broma; no poseen de ello ni la menor sospecha. Hasta que sobreviene una infección, pongamos por caso, no se dan cuenta de que estuvieron paseando la tal membrana por el mundo adelante, desde que nacieron.

La idea de la vida no puede existir sin suscitar como automáticamente, la idea de morir; como el calor no existiría sin el frío, ni el día sin la noche. Pensar, pues, en la vida, es entenebrecerla. El ideal sería resbalar por ella como por un plano inclinado, dulce y voluptuosamente, sin enterarse de que se estaba viviendo.

Pero no puede ser; y aun á esta misma imposibilidad física, fisiológica, añadimos otros refinamientos de tortura. Día tras día, año tras año, centuria tras centuria, hemos luchado contra la

Muerte con una impotente ansia de derrotarla. La Muerte era primero algo misterioso que tenía más comentaristas en el terreno de lo fantástico que en el de la razón. Los mitos tenían su base ó su cumbre perdida en las sombras densas de la muerte. Los hombres buscaron primero remedios de naturaleza análoga, é impetraron de los sacerdotes el sortilegio que había de vencer á lo sobrenatural. Luego, sobre la primera noción positiva, ya con terreno firme donde ahincarse, nos hemos lanzado á arrancar á la Intrusa velos y velos, todos los que la envolvían y la ocultaban en supersticiones, para hallar, al fin, su corazón y paralizarlo. No hemos logrado más que descubrir la horrible realidad de su desnudez y el laberinto espantable de sus senderos, por los que se nos acerca escondida y cauta: un nuevo jardín de los suplicios, escalofriante y brutal.

Pero hemos insistido. Hay que defender la vida. A veces pensamos que cualquier antecesor nuestro de hace unos cuantos siglos era mucho más feliz, porque algo había en él de ese resbalamiento por la existencia. Un día enfermaba y lo exorcisaban y se moría. Mas no estaba como nosotros—¡ay!—condenado en plena salud al horror de saber que en el aire que respiraba había unos microbios incompatibles, y en el vaso de agua que bebía, otros microbios; y otros en los labios de la mujer que besaba, y en las manos del amigo... Y la trichina en el jamón, y la tuberculosis en la leche, y el tifus en una fruta apetitosa...

Decid qué tirano sabedor de los odios que concitaba sufrió tal tormento; cuándo su desconfiar medroso ante una mata ó un cortinaje que movió el viento y que él creyó ocultador del esperado asesino, padeció tan prolongada angustia; qué personaje de folletón perseguido por la turba sanguinaria de una sociedad de bandidos poseedores del secreto de trampas y doble paredes de su propio castillo, y se vió presa de esta inquietud acongojante del hombre moderno, que sabe invisible en todas partes el elemento mortal que puede destruir su existencia. Los dioses del Mito no lograron en sus venganzas monstruosas llegar á este grado de crueldad. Nuestros antepasados

luchaban con vestiglos y con gigantes. A nosotros nos acosa el microbio impalpable, invisible, que lo llena todo. ¡Quién pudiese volver á colocar, uno á uno, cuidadosamente, todos los velos que la ciencia fué arrancando á la Muerte, para aquietar nuestras zozobras constantes!...

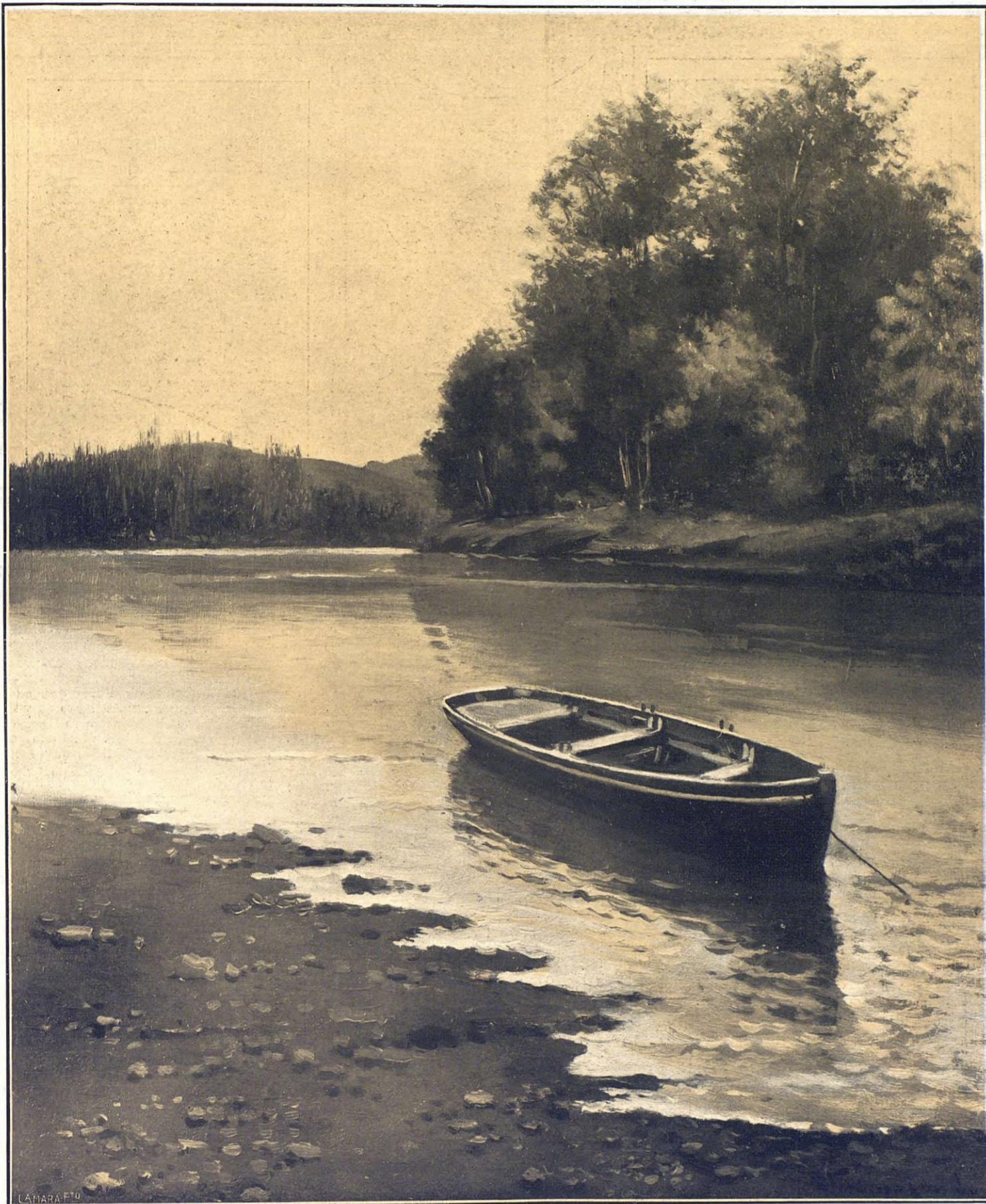
Sólo el Amor—¡eterno amor, más fuerte que el morir!—había ido venciendo la obsesión melancólica. ¿Temió alguien, acaso, la muerte que pudo ir en el beso de una mujer hermosa?... Pero he aquí que contra el amor se prepara también la conspiración formidable de la sociedad, inspirada en ese miedo grande, enorme, de epopeya única é incomparable: el miedo á morir. Y nace entonces un nuevo aspecto científico: la eugenesia, y con él la amenaza á la santidad de los amores. Aún no es más que una amenaza, pero llegará á ser una cruelísima realidad.

Y cuando ella se imponga al mundo, cuando para consentir, para tolerar vuestro amor á una mujer, haya de informar un médico que escrute si el suave color de vuestra amada es anemia y si su dulzura es decaimiento; cuando el hombre ó la mujer que haya heredado ó adquirido un estigma fisiológico, vea que éste se alza entre ellos y el amor, como una barrera infranqueable, vigilada por el egoísmo social, se habrá originado el más amargo drama de sufrimiento que presenció la vetusta Tierra, guardadora de los esqueletos de tantos hombres miserables que, haciendo el peregrinaje de la vida, no hallaron para su infortunio, para sus propias dolencias y calamidades físicas, otro sedante que un cariño piadoso y hondo de mujer.

Más benigno sería el viejo procedimiento que ordenaba la muerte del recién nacido enclenque é inútil. Pero el amor triunfará. En la umbría de un bosque, sobre las hojas lanceoladas de un maizal, en el lecho misérrimo de un cuchitril ciudadano, el leproso más repugnante y la mujerzuela alcoholizada y torpe, hollarían triunfalmente la ley. Cuando puedan ponérseles trabas á la Pasión se habrán unido ya, lentamente, sobre la haz desierta del mundo, los hielos de un polo y de otro polo.

W. FERNANDEZ-FLOREZ

RESPONSO A RUBEN



CAMARA ETU

Maestro...
 ¿En qué ribera ha anclado tu barca peregrina?
 ¿Sobre qué azul las alas ha tendido tu estro
 lo mismo que una blanquinegra golondrina?
 Maestro: Tú que has sido nuestra brújula y nuestro
 iniciador,
 ¿en qué tumba reposas—¡oh, divino Ruben!—
 tú que nos condujiste, igual que á tí Verlaine,
 al son del sistro y del tambor?...

El bosque de la fábula surgió á tu voz... Le diste
 son de flautas panidas, voz de fuentes, rumor
 de la noche bordada de estrellas... ¿era triste

y armónico tu canto: ¡Rocío y ruiseñor!
 Tú que viste los términos coronados de lauros
 y las ninfas que danzan al claro de la luna...
 Tú que oíste trotar en tropel los centauros...
 Tú que viste á Narciso mirarse en la laguna...
 ¡Tú que eras llave de oro y arcada que se abría,
 nardo de amor y lirio de la melancolía!...
 ... Tú, que eras la leyenda dorada y el augurio
 para nuestra victoria que hoy radiante se muestra:
 —¡Mercurio
 igual que el de Bolonia, con la antorcha en la diestra!—
 Si tu lira está rota, tu gloria no se trunca...
 Vencerte

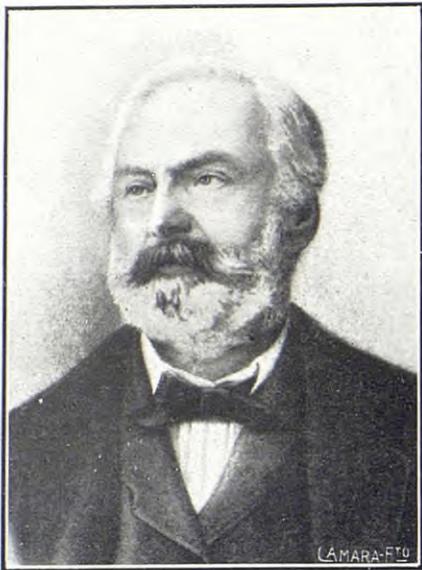
la Muerte no podrá... ¡Hoy, más Todo que nunca
 eres: más que el amor, que el odio y que la muerte!

¿Y las mujeres? ¡Cuántas dejaron perfumada
 con un jazmín la gloria de tu mejor balada,
 en que hablas á ellas de ellas con aquella infinita
 dulzura, con aquel divino no sé qué!...
 ... ¿hoy, para el que se fué y cuya alma palpita
 en sus versos, tendrán todas la misma cita
 en los trémulos labios... Aquel sollozo de:
 «... ¿Recuerdas que querías ser una Margarita
 Gautier?...»

José CAMINO NESSI

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

Desde París



Único indiscutido, hacia Victor Hugo raras visitas al "Riche", y estas visitas eran, para los contertulios, otros tantos acontecimientos...

La Tertulia del Café Riche.



Julio Ferry, muy joven entonces, frecuentaba la tertulia de los oficiales legitimistas, muy ajeno al destino que le deparaba la suerte...

CUANDO Madrid perdió su viejo Café de la Luna, refugio de poetas y bohemios, el más alto y noble de todos ellos, el divino Carrère, compuso y dijo una bella y triste oración en saudades de aquel lugar muerto para el ensueño...

París acaba de perder su viejo Café Riche, sobre una de cuyas mesas escribió Alfredo de Musset. El poeta hubo de preceder en la muerte a su hidalgo solar. Por ello el «Riche» desaparece sin que Musset lo haya cantado. Digamos, pues, con Carrère: «Era un viejo café donde antaño se reunían los ingenios más famosos de la época»...

□□□

Heredero de Tortoni, del Café Inglés y del antiguo Café de París, el Café Riche comenzó a brillar en los buenos tiempos del segundo Imperio.

Junto al «Riche», por aquel entonces, existía un café llamado Café Hardi. Este último era *rendez-vous* de gentes con dinero y sin talento. Al «Riche» iban, por lo contrario, mozos con ta-

lento, pero sin dinero. Y los aficionados a juegos de palabras, asían por los cabellos este contraste de los nombres: Café Riche (Café Rico) y Café Hardi (Café Audaz); y decían que era menester ser audaz para cenar en el Café Riche, y que

era necesario ser rico para cenar en el Café Hardi.

Lo cual no era un obstáculo para que en el «Riche», se cenara bien, tan bien, que la fama de algunos de sus platos fué consagrada y extendida por «*gourmets*» tan indiscutibles como lo eran Roger de Beauvoir y el donjuanesco marqués de Septenil y aquel célebre Fiasa que habló todos los idiomas y que nunca envejeció y aquel otro marqués de Valette que tuvo por apodo «Satin» y que dictaba leyes de masculina elegancia de un extremo á otro del Boulevard...

Puesto á la moda, el «Riche» vió entrar por sus puertas las tertulias más acreditadas entre los noctámbulos de entonces: la de oficiales legitimistas, en perpetua é inofensiva *pose* de conspiración; la de Hallay Coëtquen, autor del *Código del Duelo* y árbitro obligado de toda cuestión de honor; la del conde Germain, confidente, consejero y protector de todas las cocietas, que familiarmente le llamaban *el primo Germán*...

La invasión del Café Riche por esta legión de intrusos desconcertó á los viejos parroquianos, que habían sostenido la competencia con el Café Hardi. Mas poco á poco, las dos clientelas, la antigua y la nueva, se avinieron y acomodaron al volver á sus costumbres los veteranos al par que se creaban las suyas los novatos.

De nuevo Alfredo de Musset siguió presentándose á su hora de amanecer, las tres de la tarde, hora á partir de la cual, y hasta la de la cena, enhebraba la interminable serie de ajenjos que constitufan su «aperitivo». De nuevo aparecieron, á la salida de las «*Bouffes*» ó de los «*Italianos*», los tres inseparables: Barbey d'Aurevilly, Eugenio Sue y Latour-Mézéray... Y tras de ellos tornaron los nuevos, los que entonces luchaban y que tenían por nombres Murger, Baudelaire, los Goncourt, Offenbach, Rochefor, Scholl, Pablo de Saint-Victor, Gustavo Doré...

Iban también al Café Riche dos hombres que hablaban más y más alto que los demás: eran el doctor Cabarrus y León Cambetta.

Cabarrus—hijo de Mademoiselle Cabarrus que en un tiempo fué mujer de Tallien—sabía por su madre las más sorprendentes anécdotas de la vida privada de Robespierre, de Barras y de otros primeros actores de la gran tragedia revolucionaria. Y contaba todas estas cosas ante un

grupo de fieles oyentes que, por devoción, seguían al doctor todas las noches, acompañándole hasta la misma puerta de su casa.

Por su lado, Gambeta hacía sus primeras armas, y apenas llegado al «Riche» é instalado ante su mesa, el hombre que había de libertar á Francia, *mostrando al Universo lo que vale un gran pueblo que no quiere morir*, este hombre conmovía los ámbitos del café con su voz de trueno que se ejercitaba en perpetua y formidable discusión con el reaccionario Aubryet. Citaba éste á José de Maistre. Gambeta replicaba con citas de los oradores de la Revolución, cuyos discursos sabía de memoria. Y acalorado con la plática, el futuro organizador de la Defensa Nacional volcaba sillas y vasos, é inclinado sobre la mesa como sobre una tribuna, declamaba y rugía las grandes frases de Mirabeau y de Danton. El verbo de estos colosos, puesto en boca de aquel gigante, pasaba como un ciclón sobre la sala y hacía temblar los muros y anadaba no sólo al reaccionario Aubryet, sino también á los demás contertulios y parroquia-



Alfredo de Musset se presentaba todos los días á su hora de amanecer: las tres de la tarde, hora á partir de la cual enhebraba la interminable serie de ajenjos, que constituían su «aperitivo»...



Eugenio Sue era uno de los noctámbulos que entraba por las puertas del Café Riche pasada la media noche, capitaneados por Barbey d'Aurevilly y rodeados de los «nuevos» que entonces luchaban...



En la tertulia del «Riche» hizo Gambetta sus primeras armas, y apenas llegado al viejo Café, é instalado ante «su mesa», el hombre que había de libertar á Francia, «mostrando al Universo lo que vale un gran pueblo que no quiere morir»; este hombre conmovia los muros de la sala con su voz de trueno, y anonadaba, no sólo á su habitual contrincante, el reaccionario Aubryet, sino también á los demás contertulios, fueran del partido que fueran...

nos del «Riche». fueran del partido que fueran. ¡Ved, pues, si el viejo Café Riche, que hoy desaparece, no merecía una oración de recuerdo! Con él han pasado y desaparecido muchas bellas cosas, y el Boulevard entre ellas.

En el local que fué del «Riche» abre ahora sus puertas un Banco... Más allá, un cinematógrafo... Más allá, un «bar»...

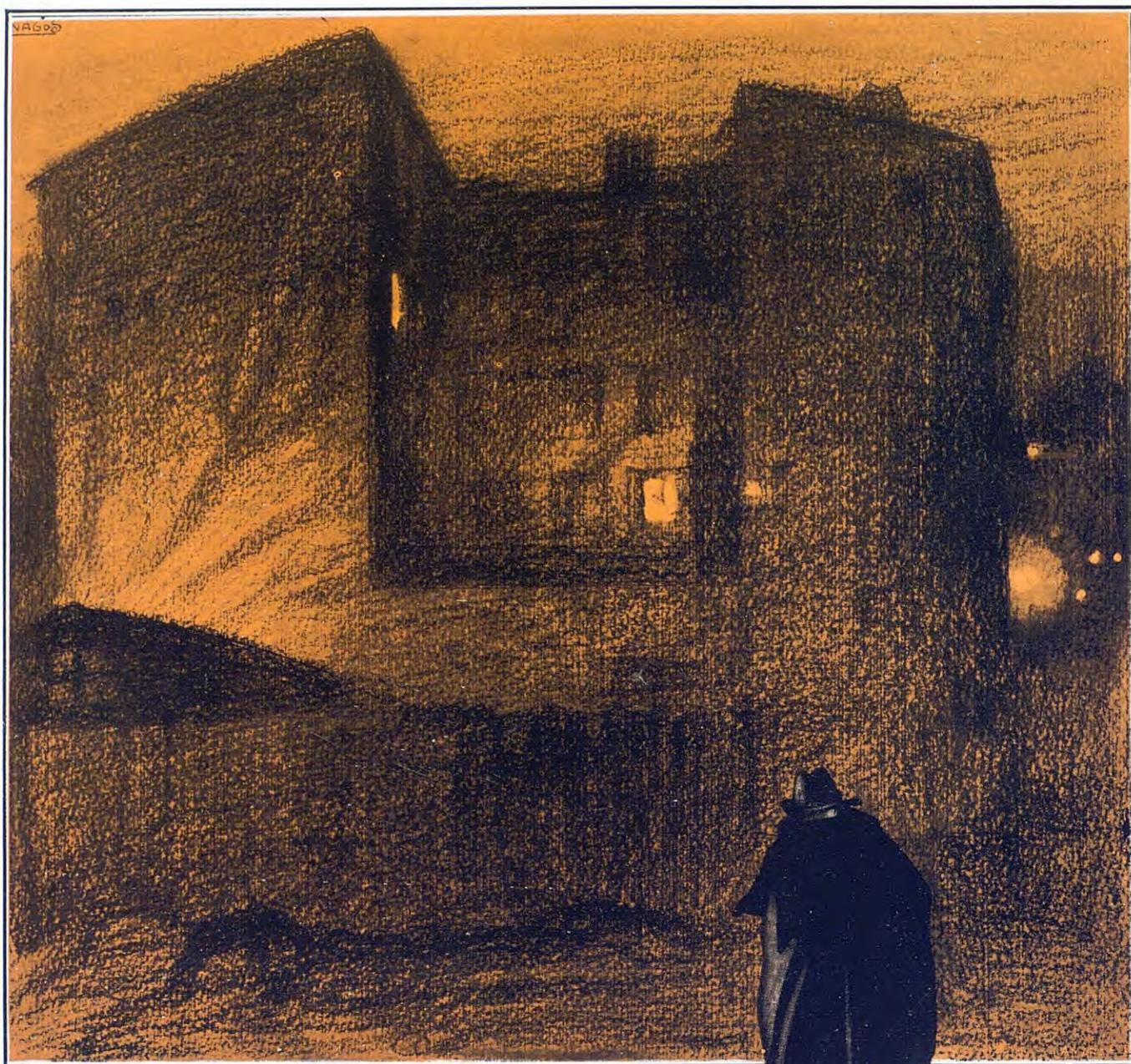
Sobre las aceras que á media noche y á plena luz pasearon los Murger y los Baudelaire, pasea hoy, entre sombras, la canalla trivial y cosmopolita de los mercachifles, de los *rastacueros* y de los *souteneurs*...

Cruzando, antaño, frente á la Rue Laffite, á la hora bruja, podíais oír versos de Musset y discursos de Gambetta. En el mismo sitio, y á la misma hora, oiréis hogaño decir, en todos los idiomas de la tierra, todas las bajezas humanas.

Y del bello sueño amoroso y redentor que allí ensoñaron tribunos y poetas, decidme: en esta hora de espanto y de crueldad, ¿qué nos queda?...

ANTONIO G. DE LINARES

CUENTOS ESPAÑOLES
 POR MIEDO



DON Alvaro era un hombre alto, erguido y recio. Frisaba en los cuarenta años y tenía la color cetrina, los ojos pequeños y vivaces, la frente amplia, ganchuda la nariz como el pico de un ave de presa, largos y enhiestos los mostachos grises, reposado el ademán y noble la apostura.

Envuelto en su airosa capa española, marchaba con el empaque altivo y gallardo de un arrogante capitán de nuestros tercios famosos.

Don Alvaro había salido, después de cenar, de su hotel, y vagaba á la ventura, hacia dos horas, por las calles henchidas de bullicioso tráfico.

La vocinglera algarabía de la ciudad le había aturdido un tanto, y ya á la media noche, buscando sosiego para su conturbado espíritu, había huido del bullicio ensordecedor de las vías céntricas, y paseaba lentamente bajo la cúpula rumorosa de la arboleda, por las amplias avenidas de un largo paseo de las afueras.

Don Alvaro, á pesar de su tranquilo continente y su andar reposado, iba aquella noche preso en las garras de una atormentadora inquietud.

Había el hidalgo, dos días antes, fingido á su esposa la necesidad de un urgente viaje, y había regresado á la Corte al día siguiente, buscando cobijo en un modesto y apartado hotel.

Ya en su refugio, D. Alvaro había consumido el tiempo rumiando la sinrazón desoladora de su desventura. Durante horas inacabables ó veloces,

según el desmayo de su espíritu ó el espolero de su afán, D. Alvaro había pensado mil veces en su presente desazón, desgarradora y crue.

Don Alvaro vió un día deshecho el equilibrio de su felicidad amable y plácida, rota la paz de su vida, por la noticia insospechada y violenta: ¡su mujer tenía un amante!

En su ecuanimidad de hombre fuerte y feliz, fué como un desgarramiento doloroso. Aterrado, permaneció varias horas, sin noción del tiempo, ni consciencia de sus ideas. El golpe imprevisto aniquilaba sus fuerzas. Fué primero una sensación de aplastamiento y nulidad, como si su corazón hubiera dejado de palpar de repente. Después, una crisis aguda de exaltación y de locura, durante la cual enturbiaba su pensamiento la pesadilla del crimen, y sus dedos se crispaban como garras, con temblores homicidas... Y, por último, una sensación de desmayo y de inercia, de temor y de angustia, ante la certeza de haber ocurrido ya lo irremediable.

Pasaron largos y cruentos los días en una situación insostenible de fingimientos y forzadas sonrisas ante la esposa infiel. Y, al fin, D. Alvaro, fríamente, reposadamente, meditó la sorpresa: sorprendería á los amantes, tranquilos por la impunidad que les aseguraba la ausencia del marido, en el momento acusador é innegable. Y entonces...

morboso regocijo de la venganza satisfecha, un insuperable y atosigante terror le acometía.

Don Alvaro era un hombre fuerte, pletórico de vida, equilibrado de razones, sereno de pensamientos, apto para todos los cotidianos accidentes del vivir normal.

Le faltaba fortaleza de ánimo, y la desgracia, lo imprevisto, el momento inesperado, le aterraban.

Don Alvaro tenía miedo; un miedo absurdo, irreparable, martirizante, que entumecía sus músculos y embotaba su sensibilidad y enloquecía su cerebro. Miedo que le infundía ansias de gritar y correr, atropellándolo todo; miedo insuperable, fatal, orgánico, que destruía en el momento de realizar un hecho arriesgado todas las energías predisuestas de su espíritu.

Y siempre había sido así. De muchacho, en el colegio, concertaba pelea con sus compañeros de clase, y mientras duraba la lección él se abismaba fraguando planes de lucha é imaginando golpes decisivos de la victoria. Salía con su rival á

la calle, dispuesto aún á la quimera, y en el instante mismo de la acometida, sentía en su interior como un desgajamiento, un ansia irresistible de huida, un pánico vergonzoso é implacable que le llevaba á la derrota...

Y después, ya de hombre, en los incidentes de las rondas estudiantiles, en los altercados violentos de las «juergas», el mismo apocamiento, la misma sensación de horror y de temor, el mismo gesto pasivo de encorvamiento ante el peligro...

ooo

En tal estado de ánimo, entre indecisiones y súbitas impacencias, entre resquemores de temor y duda, y violentas impetuosidades, iba D. Alvaro por las calles, camino de su casa, marchando ya con el andar precipitado y nervioso del hombre decidido que corre tras su presa, ya con

Con paso rápido, ronco el alentar, crispados los puños, brillante en la mirada un chispazo de locura, llegó D. Alvaro ante su casa...

Giró suavemente la puerta sin rechinar, como preparada ya para el sigilo y el misterio.

En la penumbra del pasillo descalzóse don Alvaro y avanzó á tientas, felinamente, sinuosamente, cuidando de no tropezar con algún mueble.

Al cruzar el recibidor se dió cuenta de que aún empuñaba su mano crispada la llave del portal. El débil reflejo metálico que arrancó á la llave la luz que de la calle se filtraba por las rendijas del balcón, llevó al alma de D. Alvaro un súbito estremecimiento de espanto y de rabia. Recordó que no llevaba arma alguna.

Un sudor frío le bañó la frente. Y sin darse cuenta de lo que hacía, tembloroso y febril, si-

Retrocedió instintivo D. Alvaro, encorvóse rápido, y dando un salto enorme, se lanzó contra el amante.

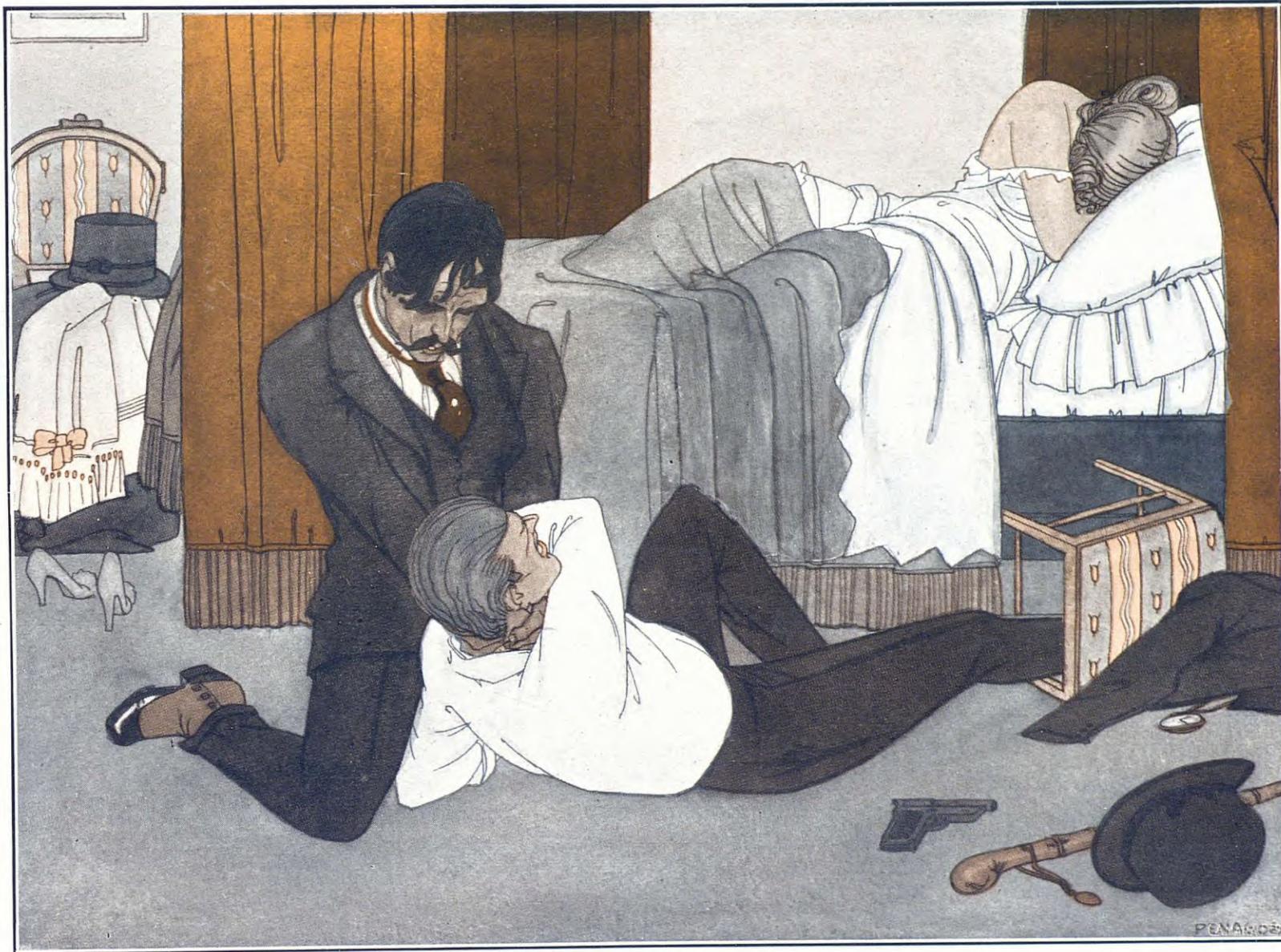
Sonó un tiro que destrozó un espejo.

Los dos hombres, unidos en un terrible abrazo, cayeron forcejeando, y el revólver rodó por la alfombra, mientras D. Alvaro, más fuerte, sujetaba en el suelo á su rival, oprimiéndole nerviosamente el cuello.

Entonces, por D. Alvaro cruzó un pensamiento. Ya estaba allí, á su merced, aquel hombre. Y ahora, ¿qué hacer?

La pregunta terrible le produjo un escalofrío. Se sentía irresoluto y temeroso, en la situación insostenible y trágica. Sintió que, como en tantas otras ocasiones, el miedo, el desmayo fatal le acometía en el momento decisivo.

De pronto, el amante, aprovechando la súbita



los pasos vacilantes y pesados del beodo que se esfuerza en no parecerlo.

La fiebre le martilleaba en las sienas y le helaba las palmas de las manos. A veces, en un momentáneo desmayo, sentía deseos de dejarse caer allí mismo, en el centro del arroyo ó en el hueco de un portal, y permanecer para siempre perdido é indiferente á todo, á su vida y á la Vida, durmiendo en un sueño liberador y eterno.

Pero, de repente, en una plástica y sorprendente evocación, surgía ante sus ojos la figura amada de la esposa, con su gracia voluptuosa é incitante de mujer sana, con su cuerpo joven de blanca carne prieta y olorosa, con sus ojos claros y pícaros, con sus labios jugosos y suaves, que florecían en besos de tentación para otros labios voraces que no eran los labios del esposo...

Como la furiosa punzadura de la espuela en los hijares de un potro joven, era en el espíritu de D. Alvaro el efecto de la evocación injuriosa y criminal.

guió avanzando, guiado ahora por la luz que, tamizada por los cortinajes, salía de la alcoba de su esposa.

Una secreta alegría estimulaba aún á D. Alvaro: la esperanza de que, fallidas sus cábalas, su mujer se hallara sola y confiada en el lecho.

Siguió avanzando, ya serenamente, y llegó ante la puerta cerrada.

De la alcoba, hasta entonces en silencio, salió un sordo murmullo, un bisbiseo, una clara risa de mujer y el sonido incitador de besos fuertes, inconfundibles, hambrientos...

Fué como un latigazo en el espíritu del esposo. Se lanzó furiosamente contra la puerta cerrada, sonaron gritos de espanto, temblaron las maderas, y, en supremo esfuerzo, saltó el pestillo, cedió la puerta y penetró D. Alvaro en la alcoba.

Desde el centro de la habitación, un hombre apuntaba al esposo con un revólver.

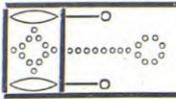
debilidad del esposo, intentó incorporarse, alargando la mano hacia el revólver...

¡Oh! Lo vió, lo vió D. Alvaro, y un vértigo le cegó. Súbitamente despertaron sus energías. No pensó en la venganza, ni en que aquel hombre era el amante de su esposa, ni él el marido vengador. Nada. Una sola idea le obsesionó: vió al amante tender el brazo hacia el revólver y comprendió que si aquel hombre alcanzaba á cogerlo, le mataría...

Y fué el miedo loco, el miedo á morir, el miedo monstruoso, y terrible de que aquella mano alcanzase aquel arma lo que hizo á D. Alvaro clavar sus dedos al cuello del amante, y engarfiarlos con furia, y apretarlos fuertes, implacables, vengadores, hasta que un trágico estertor aupó el cuerpo del rival y lo desplomó tronchado sobre la alfombra...

JULIÁN FERNANDEZ PIÑERO

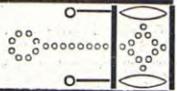
DIBUJOS DE PENAGOS



ARTISTAS
CONTEMPORANEOS



JOSE NOGALES



“Dafnis”, cuadro de José Nogales

Lejos de Madrid, en la calma fecunda de las provincias, los artistas trabajan sin el acuciamiento malsano de las medallas próximas, sin la obsesión enfermiza de las novísimas normas estéticas.

Mansamente, en una labor silenciosa y serena, van realizando sus obras en plena y absoluta identificación con el temperamento. Nada les distrae de la doble contemplación del espíritu propio y del natural. Nada les obliga a abdicar del arraigado credo artístico. Al otro lado del horizonte quedan las inquietudes partidistas, las emulaciones peligrosas, los falseamientos anuladores de la personalidad.

El artista provinciano, á quien la vida alejó voluntariamente ó no luntariamente de Madrid, se mueve dentro de una atmósfera de honradez y de sinceridad muy propicias á la expresión de la verdadera belleza.

Sin embargo, este apartamiento del «mundanal ruido» preconizado ya por el fraile poeta en otro siglo, si bien contribuye á mantener la integridad temperamental y evita los momentáneos deslumbramientos, va obscureciendo en cambio las pretéritas famas, enmoheciendo los áureos brillos de otro tiempo, asordando de olvido los ecos de nombres que debían tener actuales ecos...



JOSE NOGALES
Ilustre pintor malagueño

FOTS. OSUNA

Nada puede importarle ésto al artista consciente, seguro de sí mismo, confiando antes en el íntimo placer de realizar su obra que de verla ensalzada y popularizada. Pero desalienta á los débiles, á los inseguros todavía, á los que aún no pasaron de la primera jornada y habrán de conquistar al mismo tiempo la gloria y el sustento.

Varias veces ha cuidado LA ESFERA de buscar en el mismo ambiente y en la dulce calma ó el impetuoso ajeteo donde se mueven, á los artistas que prefieren vivir en provincias á intervenir en el centralismo absorbente de Madrid.

Nos guía en este propósito un deseo de reparación justísima y el convencimiento de que no solamente en las Exposiciones Nacionales ni en este alud de exposiciones particulares que congestiona y agobia desde hace poco tiempo á la capital de España se encuentran los artistas dignos de ser conocidos por el público.

Ni tampoco, á pesar de nuestra indiscutible preferencia por las modernas tendencias contemporáneas—hija de la profunda convicción de que es ahora cuando España muestra en todo su esplendor un verdadero y magnífico renacimiento estético—, es de tal modo intransigente y arbitraria que nos impida reconocer los mé-



"El cautivo", cuadro de José Nogales

ritos de aquellas artes que se ajustan á cánones de ayer y que expresan de distinto modo la eternidad de la belleza.

De aquí brota el equilibrio de nuestro eclecticismo que algunas veces atrae fugitivos é inconscientes reproches de los distintos campos. Porque tan engañados están los que afirman con el poeta español que «cualquiera tiempo pasado fué mejor», como los secuaces del poeta francés para quienes *le rare c'est le bon*.

Defender como bueno todo lo viejo, porque es viejo, es tan absurdo como preconizar dogmáticamente que sólo el arte nuevo posee el secreto de la excelencia.

José Nogales y Sevilla es uno de estos artistas meritorios que permanece voluntariamente alejado de la Corte y que trabaja en silencio y en paz.

En otra época obtuvo las más altas recompensas. Su nombre era citado constantemente por la crítica. Sus lienzos se reproducían en las revistas y en los libros de arte. Luego el ilustre pintor dejó de concurrir á las exposiciones porque había conquistado con su triunfo el derecho al aislamiento.

Pensando en él se han escrito las líneas anteriores. Es de los artistas á quienes Madrid nada puede ofrecerle ya y á quien la confianza en sí mismo le rectifica cada vez más profundamente en el personal concepto que tiene del arte.

José Nogales es malagueño. Málaga ha dado á la historia del arte español nombres ilustres y prestigiosos. Dos grandes artistas valencianos, Bernardo Ferrándiz y Antonio Muñoz Degrain, son los iniciadores, los encauzadores de la moderna pintura malagueña. Casi todos los pintores nacidos en Málaga en la segunda mitad del siglo XIX han sido discípulos del autor de *El tribunal de las aguas* y del autor de *Los amantes de Teruel*.

Sin otro auxilio para la memoria que sus reputaciones respectivas, recuerdo ahora, entre los pintores malagueños, á Moreno Carbonero, al marínista Ocón, á Pedro Sáenz, Alvarez Dumont, Denis, Belgrano, Ricardo Verdugo Landi, Martínez de la Vega, Grarite, José Ponce, Enrique Jaraba, Murillo Carreras, Ferrándiz (hijo), Bermúdez Gil, Gartner, Cuervo, Lafuente, etcétera.

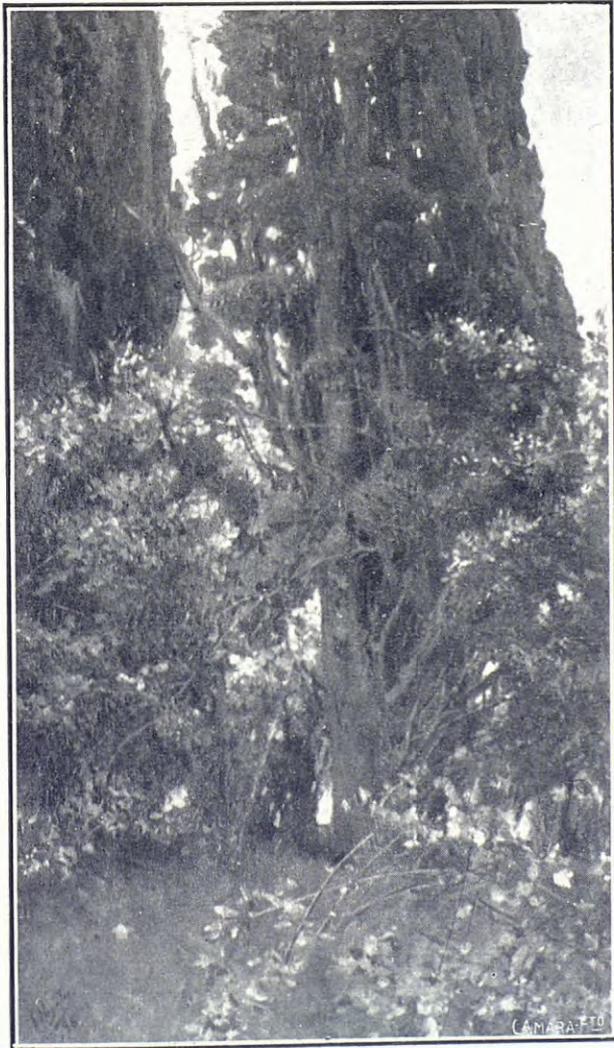
José Nogales y Sevilla comenzó á pintar desde muy joven. Alternó primero sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Málaga y en el estudio de Bernardo Ferrándiz. Luego fué discípulo de Muñoz Degrain. A Muñoz Degrain debe no pequeña parte de su sabiduría técnica y de su educación de la sensibilidad, así como el amor al paisaje que caracteriza casi todas las obras del ilustre pintor malagueño.

Para José Nogales, como para todos artista español que no posea fortuna propia, los

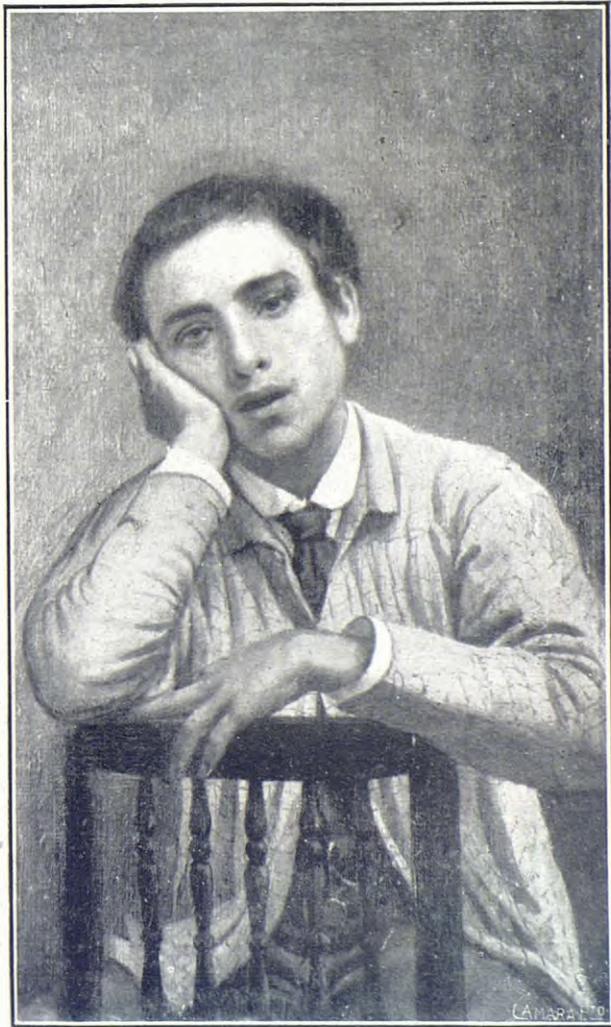
comienzos fueron difíciles. Cuando obtuvo su primera recompensa oficial, que fué una tercera medalla en la Nacional de 1890, José Nogales era un modestísimo funcionario de la Compañía de Ferrocarriles Andaluces.

El cuadro recompensado en aquella ocasión se titulaba *Flores y espinas*. Mostrábase en él uno de los dos aspectos en que ya por entonces había logrado distinguirse Nogales: la pintura de flores. Pero el verdadero triunfo de José Nogales fué dos años después en la Internacional de 1892, con el cuadro *El milagro de Santa Casilda*, que fué recompensado con medalla de oro.

SILVIO LAGO



"Cipreses de Granada", por Nogales

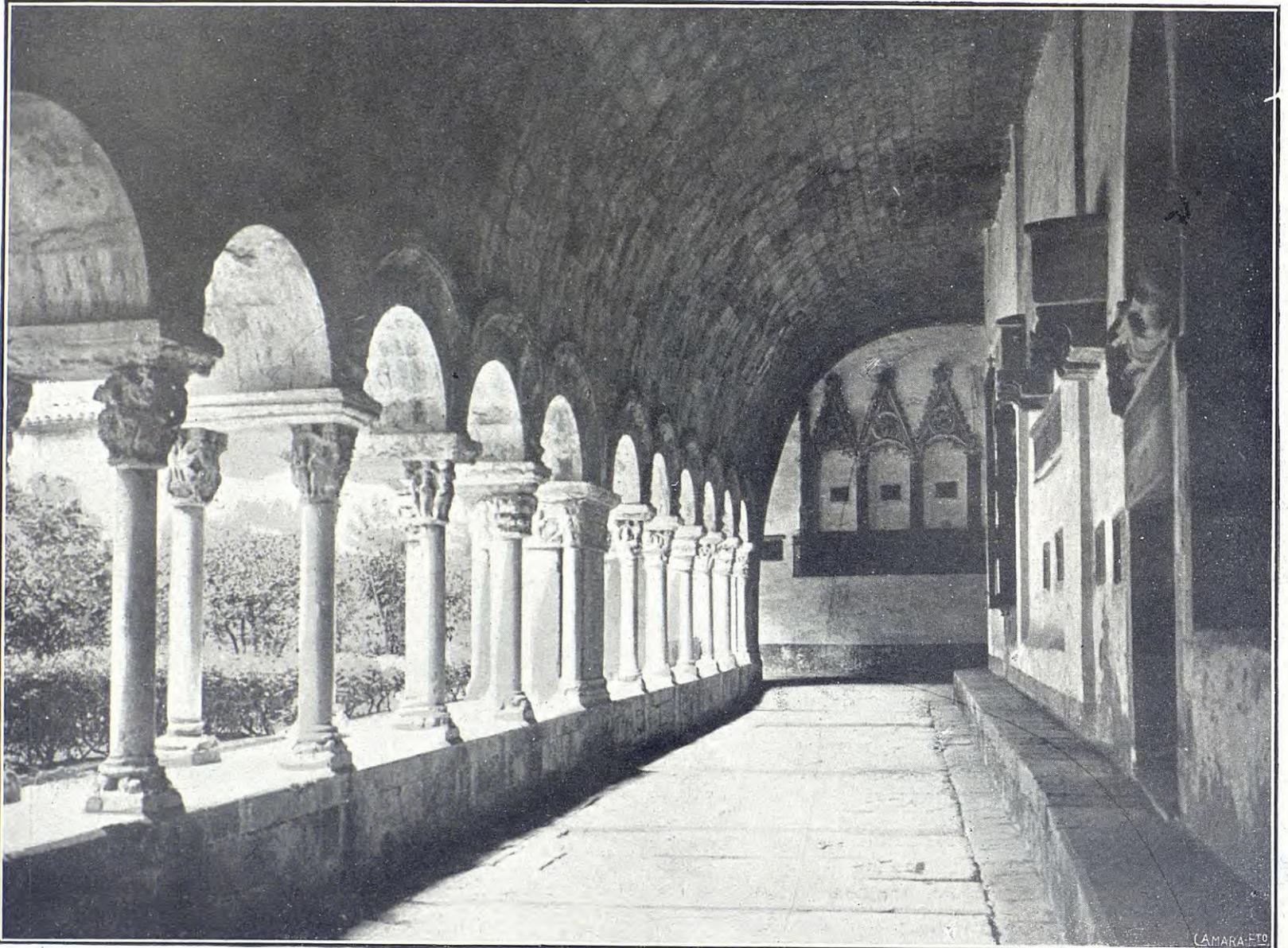


"Retrato", por Nogales



“El milagro de Santa Casilda”, cuadro del ilustre pintor malagueño José Nogales, premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes

Ciudades españolas □ GERONA



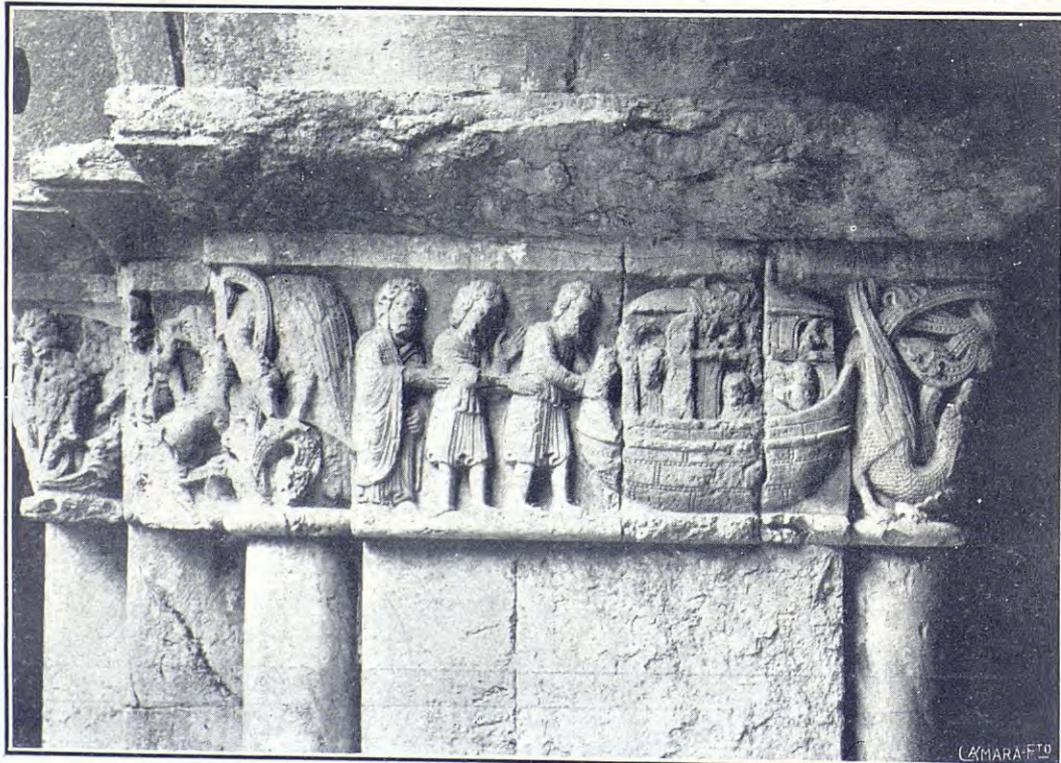
Claustro de la Catedral

SEGÚN la historia, los primeros pobladores de esta importantísima ciudad, una de las más prósperas del antiguo reino de Cataluña, fueron los celtas bracatos, á quienes se atribuye su fundación, y más tarde lucharon en su territorio los cartagineses y los romanos. Posteriormente dominaron en Gerona los visigodos, quienes se sometieron á los guerreros moros que pusieron sitio á la plaza con gran conceso y tenacidad. Los musulmanes estuvieron en Gerona hasta las postrimerías del siglo VIII, en que la ciudad quedó definitivamente en poder de los franco-aquitano, que á su vez fueron despojados de su dominio á fines del siglo IX por Vifredo el Velloso, desde cuya época hasta hoy, Gerona ha sido siempre regida por soberanos españoles, no obstante las tentativas de rescate que primero en el siglo XIII, y después en el XIX, hicieron los franceses.

Cada época de dominación, cada batalla

sostenida en los campos de Gerona, ha dejado en la ciudad una huella imborrable: unas murallas, un fuerte, un castillo, un templo, algo, en fin, que es como un vestigio inextinguible de aquellos tiempos gloriosos en que el carácter y el temple de los conquistadores era firme y recio como las piedras de sus fortalezas.

Como el espacio de que disponemos es harto escaso, no podremos detenernos en detallar todos y cada uno de los edificios notables de Gerona, porque ésta sería una labor muy extensa y prolija, aparte de que las fotografías que ilustran estas páginas sirven para que el lector que no conozca la heroica ciudad pueda darse una idea de cómo son sus paisajes, sus templos y sus calles, llenas de austeridad, singularmente en lo que pudiéramos llamar parte vieja de la urbe, que es donde se encuentran sus más antiguos y característicos monumentos, entre los cuales, á decir verdad,



Un detalle de los capiteles de la Catedral



Las murallas antiguas



Calle de los alemanes

descuellan los de carácter religioso, mientras que los civiles apenas sí, aparte su antigüedad, tienen importancia ni belleza arqueológicas ninguna. En cambio, como dejamos dicho, entre las construcciones religiosas hay verdaderas joyas arquitectónicas, como la hermosa catedral, de majestuosas proporciones y singular magnificencia, y cuyo mérito artístico es extraordinario. Siguen en importancia á la catedral de Gero-

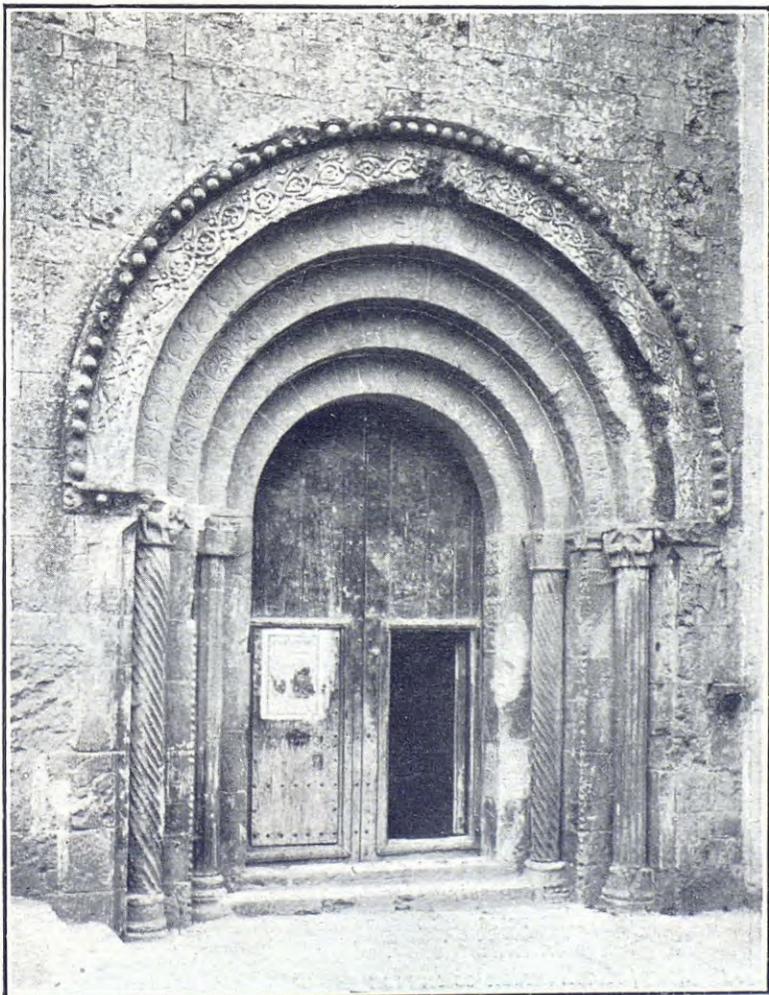
na el templo de San Félix, el convento de Capuchinos y el cuartel de San Francisco, que, antes de utilizarlo como tal, fué residencia monástica. Los monasterios de San Pedro y San Daniel son dignos de ser visitados; el primero, por estar instalado actualmente en sus claustros el Museo provincial, y el segundo, por poseer un magnífico ejemplar de templo bizantino.

Aun cuando existen en Gerona muchas más

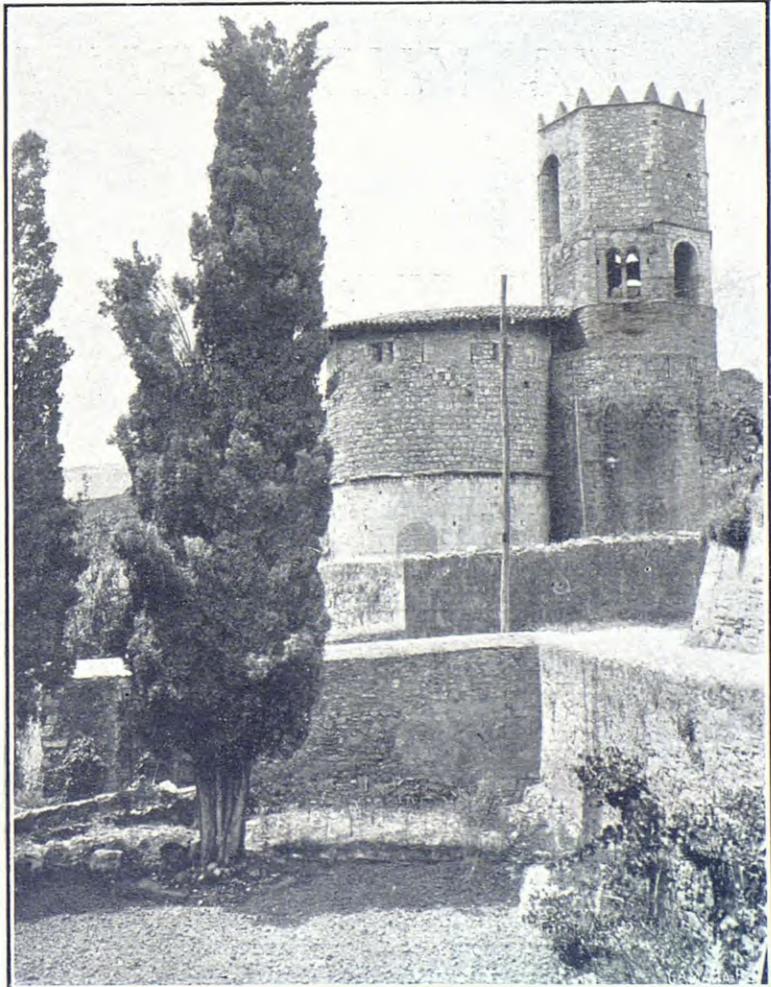
edificaciones y monumentos merecedores de ser citados en estas páginas, hemos de dejar sus nombres en el tintero porque el escaso espacio de que disponíamos se ha agotado ya.

Creemos que cuantos edificios y residencias hemos citado constituyen, si no toda, una buena parte de las construcciones notables que existen en la próspera y laboriosa ciudad catalana.

L. G.



Puerta de la iglesia de San Pedro de Galligans



Vista de la iglesia de San Pedro de Galligans

FOTS. HIELSCHER



YA VUELVEN LOS REBAÑOS...

*Ya vuelven los rebaños que en la invernada
huyendo de afilados aires traidores
fueron en busca de una tierra templada.
¡Ya suenan las esquilas por la cañada!
¡Ya suenan las tonadas de los pastores!*

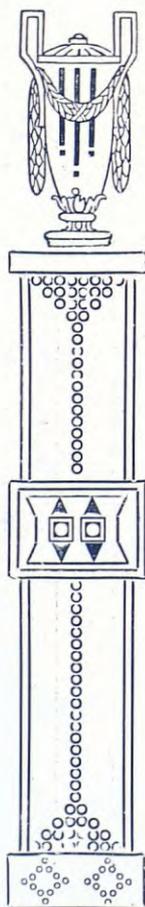
*Ya se acerca el buen tiempo claro y florido,
ya retoza jugosa la primavera.
¡Corazón, ama y vive, porque ya es ido
el tan brumoso invierno, que ya es venido
el Abril con su risa tan placentera...*

*El sol, áureo, brillante, se vierte entero.
Los cielos son azules. Ya canta el año.
El ambiente es fragante y es lisonjero.
¡Ya nunca más retornes, nevado Enero,
hosco, cruel, sombrío, crudo y huracán...*

*En las ramas las flores hablan de amores.
La llanura de fresca savia está henchida.
¡Ya suenan las esquilas! ¡Ya los pastores
se aproximan jocundos! ¡Coplas y flores
y esquilas y llanura cantan la vida!*

*Los rebaños se acercan alegremente
—jigeos zagalescos, polvo, balidos,
esquilones que suenan rítmicamente—
y en la tibia fragancia del dulce ambiente
se deslían las coplas con los silbidos...*

DIBUJO DE LUIS R. ALONSO



*Valientes y nervudos, vienen zagueros
los calmosos mastines que en las majadas
lucharon con los lobos pardos y fieros
defendiendo á los blancos mansos corderos
á embiste de zarpazos y dentelladas...*

*Al pasar clamoroso de los ganados
se extremece la tierra blanda, esponjosa,
resuelan los balidos dulces, pausados,
y en senderos, calzadas, vegas y prados,
alienta una alegría sana y gloriosa...*

*¡Ya vuelven los rebaños tan priscadores!
¡Ya vienen los pastores por las cañadas!
¡Ya vienen los zagales con sus amores!
¡Ya el Abril, tan galano, nos da sus flores
tan frescas, tan jugosas, tan perfumadas!*

*¡Reid, mozas alegres, que son venidos
los vuestros amadores de Extremadura,
los pastores gallardos, recios, curtidos...
¡Escuchad las canciones que allá, en los nidos,
llenar de amor la fresca grata espesura!*

*¡Son vueltos los cortejos, mozas galanas!
Reid con vuestra risa tan juvenil,
resuelen vuestras risas claras y sanas,
resuelen armoniosas, vibren lozanas,
¡vuestra risa es la risa del mes de Abril!*

Alberto VALERO MARTÍN

LA AVIACIÓN EN LA GUERRA

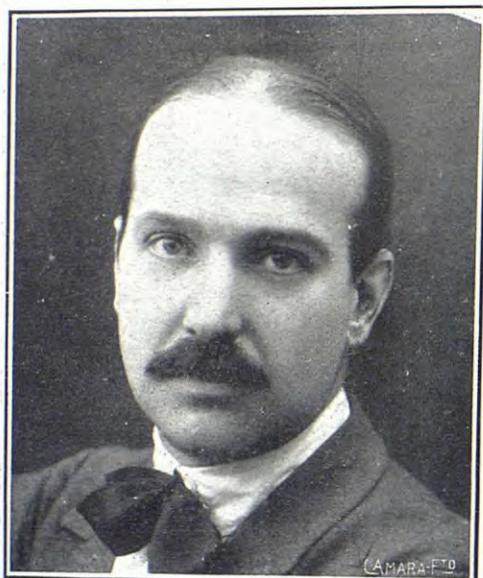


AEROPLANO INGLÉS ATERRIZANDO DURANTE LA NOCHE, DESPUÉS DE UN "RAID" SOBRE LAS LÍNEAS ENEMIGAS,
GUIADO POR SEÑALES LUMINOSAS

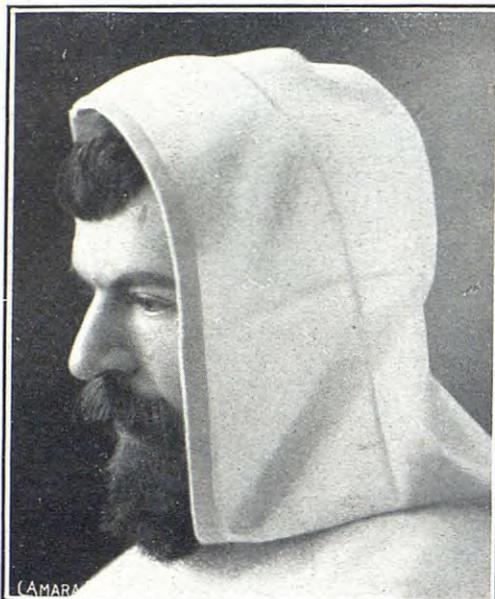
DIBUJO DE G. H. DAVIS

LÁMARA 70

UNA EXPOSICIÓN INTERESANTE
LOS ARTISTAS ARGENTINOS



ALFREDO GUTTERO
 Pintor



PADRE GUILLERMO BUTLER
 Pintor



J. M. GAVAZZO
 Pintor

EN el Salón del Círculo de Bellas Artes se ha celebrado últimamente una exposición que ratifica el atinadísimo criterio iniciado ya en la de Florensa, Fernández Ardevín y Franco y seguido en la de los arquitectos Hernández Briz, Muguruza y Fernández Balbuena.

Con la actual Exposición realiza su primer acto público una flamante *Asociación de artistas argentinos* en Europa, constituida en París por los señores José A. Merediz, Alfredo Guttero, J. M. Gavazzo Bucharro, Guillermo Butler, Pablo Curatella y Numa Rossotti.

A ella concurren cuatro pintores, un escultor y un músico, afiliados todos en la vanguardia artística de nuestra época.

La primera impresión que causan las pinturas de los Sres. Butler, Merediz, Guttero y Gavazzo, y las esculturas del Sr. Curatella, es simpática y atrayente. Un deseo de renovación y de rebeldía las inflama. Se adivina en ellos la ansiedad de ser originales y sinceros, de atender más a la expresión de sentimientos que a una, en cierto modo, mecánica perfección de las formas.

Esto ya es laudable si ahondaran más en su propósito, si realmente se manifestase claro y



JOSÉ A. MEREDIZ
 Pintor

concreto lo que todavía no es más que una promesa para las adivinaciones.

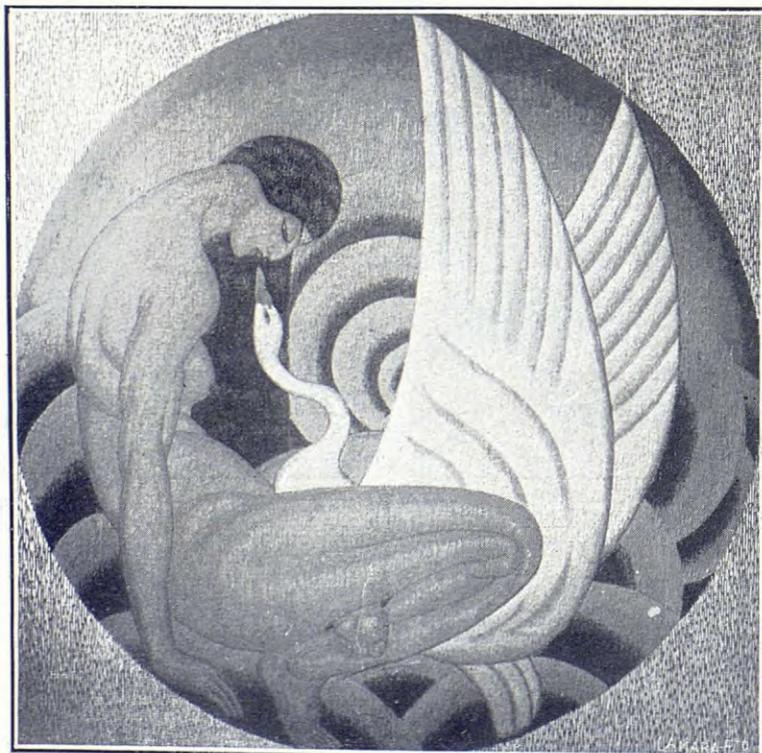
Tanto los pintores como el escultor son capaces de ir más allá de donde ahora se han detenido. Pasado algún tiempo rectificarán bastante su credo estético de hoy en el sentido de una evolución dentro de la tendencia elegida con harto peligro si se considera definitiva.

Yo hubiese querido hallar en estas pinturas y en estas esculturas un carácter de nacionalidad, de consubstanciación del arte con la raza que, desgraciadamente, no tienen. Habría deseado hallar en las obras lo que el título de la flamante Asociación insinúa.

Desgraciadamente—una desgracia breve, momentánea, transitoria, claro es—no se encuentra en esta Exposición de artistas argentinos más que una prolongación del arte francés de los *fauves* en oposición a los *pompier*s.

Creemos asistir una vez más al Salón de Otoño, al Salón de Independientes, a las infinitas exhibiciones de los marchas-tes parisienses que explotan «novedades artísticas» como los modistos extravagancias de indumentaria.

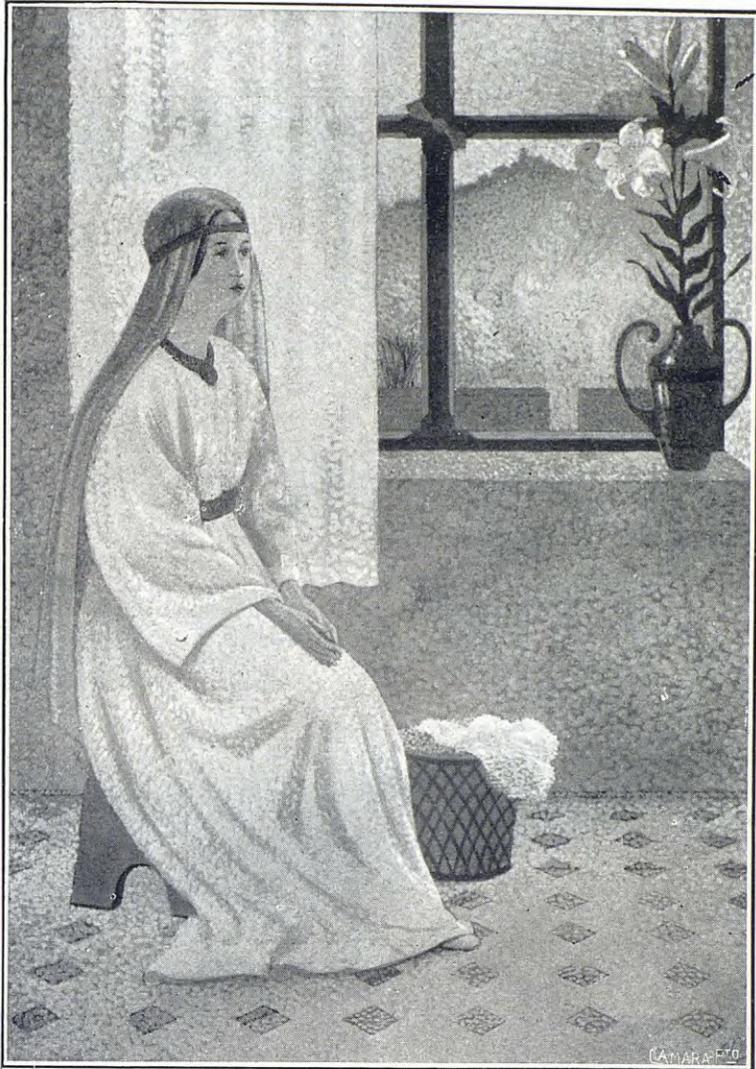
Es una pintura «muy siglo xx» y «muy París



"Leda", pintura original de J. M. Gavazzo



"San Jorge", pintura original de Alfredo Guttero



"Maria de Nazareth", pintura de Guillermo Butler



"Retrato de señora", cuadro de José A. Merediz

avant-guerre que no nos sorprende, que no nos indigna, que nos agrada en sí misma y en los creadores de ella, pero que nos entristece al verla infiltrada como un veneno en positivos temperamentos de pintor, capaces de realizar obras personales y duraderas.

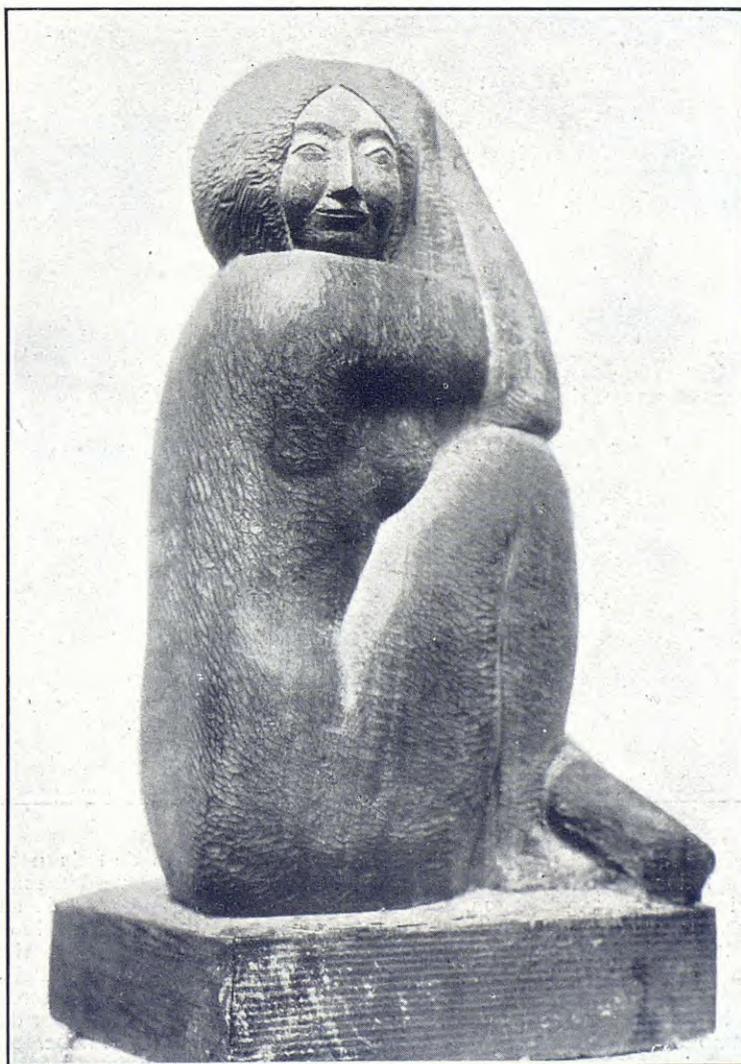
Y no crean los jóvenes y notabilísimos artistas argentinos que caminan solos en este error de elección demasiado prematura.

Todos estos reproches que hago á los jóvenes artistas extranjeros se anticipan para valorar mejor sus méritos. Porque los Sres. Merediz, Guttero, Butler, Gavazzo y Curatella están muy lejos de ser unos irredentos del parisiense agudo.

Atraviesan un período de transición, de ensayo, con muy afortunados hallazgos de color y de ritmo que son promesas del futuro más sólido.



NUMA ROSSOTTI
Pianista



"Mujer sentada", escultura en madera de Pablo Curatella



PABLO CURATELLA
Escultor

Así son de alabar los proyectos de pintura al fresco del Sr. Guttero, las fantasías decorativas del Sr. Gavazzo, el retrato de señora firmado por Merediz y, sobre todo, los paisajes puntillistas del fraile dominico Guillermo Butler, llenos de emoción íntima, de sugestiva delicadeza, de profunda y sublime ternura.

El escultor Sr. Curatella tiene, entre otras obras de más empeño y menor importancia, una talla en madera y una cabecita de niño en cera notabilísimos.

Por último, el Sr. Guttero, que posee excelentes condiciones para las artes aplicadas, presenta unos motivos para papeles pintados y unos almohadones que son un encanto de sobriedad y de armonía y rivaliza con él en este aspecto de manufactura artística el Sr. Gavazzo Buchardo.

DE LA VIDA GITANA



HE aquí una escena de la vida gitana. El pequeño, el «churumbel» ha estado importunando y fastidiando á todos los individuos de la tribu, pidiendo agua con machacona insistencia. ¡Agua, agua, agua! La madre se ha quedado un poco sorprendida de que á aquella hora, cuando el sol ha llegado á lo alto del zénit y todos los estómagos están esperando para saciarse, en aquel mediodía, que se aparten del fuego cacerolas y pucheros, el arrapiezo, en vez de pan, pida cosa de tan poca importancia como el agua. Al pronto, no ha reparado más que en la pesadez de aquellas manos infantiles que como moscas revolotean de los delantales femeninos á los pantalones hombrunos, tirando de unos y de otros como si no tuviese otro medio más elocuente y persuasivo para lograr su deseo. Pero de pronto, al fijarse en toda la suciedad que ha traído

el chiquillo después de toda una mañana de correrías con otros de su edad, comprende que verdaderamente necesita agua, mucha agua, que purifique aquellas carnes ya de suyo cobrizooscuros. Y ordena á la hija mayor que tire de su hermanillo aunque sea con unas tenazas y le zambulla en el primer arroyo más próximo. La zagala, al cumplir la maternal misión, al desnudar al «churumbel», recordando sus antiguas correrías de mocosuela, comprende que fuera agua lo que pidiese el chiquillo á aquellas horas. ¡Pobres huertas por donde aquel pequeño bárbaro haya pasado! ¡Qué «hartaga» debe haberse dado! Y un poco nostálgica al recordar la salvaje libertad de aquel infante, «¡aquellos tiempos!», exclama muerta de risa: «¡Pero este «churumbel» está jincho!»

FOTOGRAFÍA DE J. M. BUERBA

MOMENTOS HISTÓRICOS

LA REINA DEL BUEN AMOR

Doce días del mes de Julio de mil quinientos seis, las Cortes reunidas en la ciudad de Valladolid, juraron á Doña Juana, infelice hija de los Reyes Católicos, como Reina propietaria de Castilla, al Archiduque Don Felipe de Austria como su legítimo marido, y al Príncipe Don Carlos como primogénito y sucesor de la Corona y Monarquía de España.

Hízose esto, viéndose cómo el aprovechado flamenco todo lo procuraba para sí y los suyos, haciendo menos á su esposa, so pretexto de estar incapacitada, y vejando en toda ocasión oportuna para su logro á la más rancia nobleza castellana, á la que floreció enredor y servicio de Doña Isabel, y fué como la base de los más ilustres abo- lengos de hoy.

No bastó el que muchos grandes, dando muestras de ser muy poco españoles, pero harto codiciosos (entre ellos el Arzobispo de Toledo), pusieran de su parte y dieran por buenas las pretensiones del advenedizo, que los procuradores de las ciudades, apoyados por el almirante de Castilla, deudo de la familia real, opusieran con toda energía, irritados de que fuera tratada su Reina de forma tan indigna y despreciable.

A pesar de esto, no curó mucho Don Felipe de la protesta, y en virtud de la última concordia con su suegro Don Fernando, empezó á despachar por sí mismo y sin participación de Doña Juana, los negocios de Estado.

Los primeros y más importantes cargos otorgó á sus favoritos, en modo especial á los flamencos, arrojando de ellos desconsideradamente á los que desde la muerte de la Reina Isabel los desempeñaban. Tal aconteció con los marqueses de Moya, alcaides del Alcázar de Segovia, de donde les arrojó para dar el gobierno de aquella fortaleza á su privado Don Juan Manuel...

Así con estas cosas y el cruel é inhumano trato que es fama que daba á la Reina, no había corazón español que le fuese leal, y todos ansiábanle una hora menguada que le quitara de enmedio ó le echara á sus tierras de Flandes.

Aun una determinación sana y enérgica que tomó contra los inquisidores de Córdoba y Toro, que abusaban criminalmente de su autoridad, fué tomada de mala guisa por ser cosa suya.

Mas estos odios de los naturales y afectos de los agradecidos, no fueron pasiones de mucha duración, que presto la gran igualadora cambió las tornas y puso el juego favorable á los que no le querían bien, que eran los más.

Había dado el gobierno del Castillo de Burgos á su privado Don Juan Manuel, quien como reconocido á tales mercedes que le encumbraban sobre la primera nobleza, quiso mostrar su agradecimiento espléndidamente cuando el Rey Archiduque pasó á tomar posesión de aquella ilustre ciudad. Llegado el día solemne, tomólo Su Alteza con mucho brío y donaire, por mejor honrar el ofrecimiento de su favorito.

Corrió en justas, se lució en torneos y á punto de medio día jugó á la pelota.

Con tal aire lo tomó, que no le fueran á la mano los mejores y más diestros jugadores de Vizcaya, que son linceos en tan cansada diversión. Siendo como era invierno, sudó de manera tan copiosa, que no lo hiciera tanto en un día de Agosto, segando trigo en Castilla.

Descansó y pidió que le trajeran un gran vaso de agua fría sacada de algibe.

Advirtiéronle cómo le podría hacer mal, tanto por lo sofocado que estaba como por lo crudo del tiempo, que ya era como de invierno cerrado y franco, pero la sed y la angustia eran tantas, que no quiso atender la advertencia, que fué como no atender á su vida.

Trajéronle el tallo, que era como de cuartillo, lleno hasta las heces de un agua fina y fría. Bebióla con ansia y fué como beber el *miserere*. Presto sintióse mal, retiróse y de allí á pocas horas presentáronse unas fiebres epidémicas que por aquel tiempo eran plaga mortal.

ñarse, porque de sus ojos no salía ni una sola lágrima.

Diósele por entonces tierra en la Cartuja de Miraflores, hasta tanto que fuese tiempo de trasladarle á la Capilla Real de la Ciudad de Granada.

□□□

En las postrimerías de aquel mismo año y llevando una vida nueva en las entrañas, quiso Doña Juana tornar á preocuparse de la muerte. Ordenó que fuese entonces la traslación del cuerpo del Rey, siguiendo ella el penoso tránsito.

Dispúsose la partida, pero antes quiso ver aquellos restos queridos. No bastaron á disuadirla las razonables observaciones de la corte, ni los ruegos de la Comunidad. Fué menester exhumar el cadáver y abrir las diversas cajas que le guardaban. La regia carroña apareció llena de podredumbre, pero ni la hediondez de la muerte pudo vencer el buen amor de la Reina, que con sus

manos tocó aquellas lacerias y con sus labios besó aquella boca, hervidero de gusanos.

No vertió ni una lágrima, al igual que el día que viérale expirar entre sus brazos, pues diz que desde un día en que lloró tanto por le haber sorprendido en amoroso coloquio con una dama flamenca, tenía secos los manantiales de los ojos.

Hizo colocar el nuevo féretro sobre un magnífico carro y se emprendió la jornada. Toda la corte y lo más granado de la grandeza iban en pos. La Reina toda encubierta por un luengo manto. Seguía una larga escolta de gente de á pie y de á caballo, con hachas encendidas.

No quería caminar más que de noche, porque decía que una mujer honesta, después de haber perdido á su

esposo, que es su sol, debe huir de la luz del día. En los pueblos del tránsito hacíanse funerales y no permitía que mujer alguna entrara en el templo.

La infelice, tan mal herida de amor, había celos más allá de la muerte.

Entre la villa de Torquemada y la de Hornillos arreció tanto la crudeza del tiempo, que fué menester cobijarse al amparo de un monasterio. Accedió la Reina, pensándose que era de frailes, pero como á poco de entrar en él supiese que era de monjas, mandó que sacasen el féretro y le pusiesen en pleno campo, donde no se podía sufrir el rigor de la temperatura, pues el viento y el agua apagaban las luces y ponían las vidas en peligro.

De tiempo en tiempo hacía abrir el féretro para cerciorarse de que no le habían robado las cenizas de su amor.

Destá manera se cumplió la profecía de una vieja agorera.

Cuéntase, y no falta quien lo dé por cierto, que cuando el Archiduque desembarcó en Galicia para posesionarse del trono de España:

Id, Príncipe infeliz, que poco seredes con nosotros, y más andaréis llevado por Castilla después de muerto que de vivo...

DIEGO SAN JOSE



"Entierro de Felipe, "el Hermoso", cuadro de Pradilla

No acertaron con el tratamiento los médicos flamencos que traía consigo, y de allí á seis días, el 25 de Noviembre de 1506, contando los veintiocho años de edad, pasó á dar á Dios cuenta de sus actos como hombre y como rey...

Y aquí fué donde el extravío mental de la desgraciada Doña Juana comenzó á ser locura.

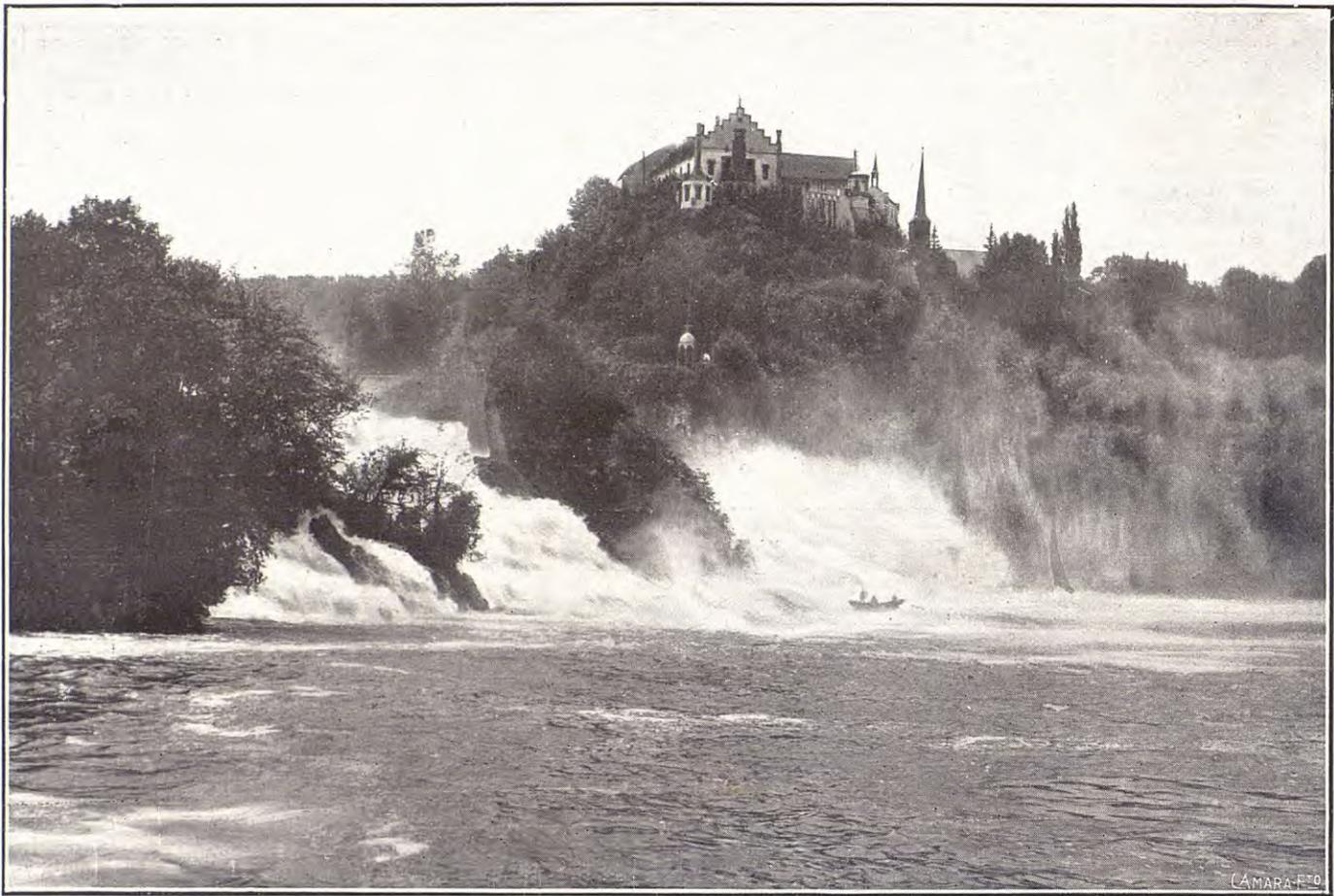
Durante los breves días en que el mal abrió camino para la jornada final de su idolatrado esposo, constantemente, sin dormir un solo instante, estuvo á la cabecera del lecho. Y cuando llegó el trance fatal, diz que más luchó ella con la muerte que el mismo enfermo...

Hízole embalsamar al uso de Flandes, y luego mandóle sacar á una espaciosa cámara y colocar sobre un suntuoso lecho.

Amortajado estaba el cadáver por las propias manos de la Reina (que no quiso que otras le tocasen y más como fueran femeninas), con un rico traje de brocado, todo guarnecido de armiño, una gorra adornada por riquísimo joyel, una cruz de piedras entre las manos cruzadas, que eran como lirios marchitos, y calzado á la flamenca, como Su Alteza había por costumbre.

Durante los días que según la etiqueta palaciega estuvo el cadáver de cuerpo presente, ni un solo instante apartóse la dolorida de su lado. Era la más trágica figura del dolor que puede so-

UN RIO SAGRADO



Curso del Rhin, en la parte denominada "Rheinfall", junto al castillo de Laufen

NINGUNO de los ríos que he visto, y he visto desde el Plata hasta el Danubio, los más afamados de los dos continentes, me ha producido una impresión más honda y más intensa que el Rhin. Es que el Rhin lleva en sí un elemento de poemas, de baladas, de recuerdos y de ensueños. El Rhin es el río de los poetas y de las náyades.

La parte más bella, más ingenua del Rhin es la cercana á su nacimiento.

El lago de Constanza ha sido uno de los primitivos solares de la humanidad y aún se ve en él restos de ciudades lacustres, que conmueven por su antigüedad.

Las aguas del Rhin, en esta parte de su nacimiento, son de un verde tierno, intenso, parece que están cuajadas y luminosas; apenas se mueven y dan una impresión de quietud y de reposo. Es ésta la parte del río en que se recuerdan las baladas de aquellos seres minúsculos que cruzaron su curso en una cáscara de nuez para celebrar sus bodas.

Donde intenta su primera aventura de zagalón travieso es al llegar á Neuhausen, donde da ese gran salto de *Rheinfall*, que forma la más importante catarata de la Europa central.

Antes de lanzarse al salto el Rhin se detiene y juega en un remanso que, por su forma de recodo, parece un inmenso estanque. Es un lecho pedregoso en el que el agua choca y salta en graciosos juegos y en el que se escucha el ruido sonoro, cantor, de la cascada; no se ve más que el agua verde, el cielo azul y las riberas cubiertas de bosques, cuyos árboles se inclinan dentro del río. Un puente de tablas que se cimbreja bajo el trepidar de un tren que sale del túnel de la montaña, cruza las aguas y conduce al Castillo de Laufen.

A la entrada del histórico castillo, que ha corrido la suerte de casi todas las viejas murallas señoriales de Europa, y está convertido en almacén de baratijas y albergue para viajeros, se ve un pequeño cementerio, de tumbas bajitas y blancas, en el que en vez de altos cipreses hay sólo rosales en flor. No se concibe bien que después de la muerte podamos ser indiferentes á todo, y se piensa que se debe reposar mejor en

aquel lugar próximo al Rhin, como si sus aguas y el perfume de las rosas aumentasen la paz de los muertos.

En el primer momento se siente un desencanto. El paisaje es espléndido, pero la cascada aparece pequeña en el fondo. El agua se precipita mugiendo sobre el plano inferior de su lecho y choca en remolinos contra las tres rocas que se oponen á su paso, colocadas en el centro del río; pero no tarda en serenarse, recobrar su calma y continuar tranquilamente su camino.

Descendiendo más aún se llega al Fischert, una galería de hierro en la que se ofrecen abrigos impermeables. El efecto es asombroso. La enorme molé de agua parece que se viene encima, que va á arrastrarlo todo con ella. Saltan sobre las rocas las gotas menudas que se desprenden de las olas, y forman una nube de polvo de agua, semejante á verdadero polvo de la tierra. Las ondas, deshechas en mil pedazos, tienen fuerza de pedernal; el ruido es atronador. La catarata luce toda su magnificencia bravía y salvaje que la plácida belleza del paisaje había ocultado hasta entonces. Es preciso agarrarse á una columna para no desvanecerse; las ondas saltan y se quiebran; son pedradas las gotas que chocan contra nuestro rostro...; se reciben con encanto, con ansia, con los poros sedientos de agua, de frescor de baño. Parece que el Rhin envía así un bautismo de sus aguas, un bautismo de arte; son aguas jordánicas para los artistas y, al caer sobre el rostro, dan la sensación de un beso de paz.

Se siente la atracción del suicidio y se comprende cómo continuamente se arrojan por este lugar hombres y mujeres en busca de la muerte, como si una voz prometedora les llamase desde la profundidad. Hay una sugestión que hace parecer suicidas á todas las imágenes que vagan solas por las orillas del Rhin. Si las olas llamasen se precipitarían en su fondo; no se debe mirar mucho. Bajo esas ondas habla un mundo sobrenatural, invisible, bello... que atrae...; alguien llama desde él; nos asomamos con ansia de oírlo..., de oír una canción, esa canción que escucharon Wagner y Beethoven; de ver en su fondo una corona, como la heroína de Maeter-

linck, muchas coronas entre esa linfa de un verde sombrío, sin luz y tan lleno de luz sin embargo; de ver ese lecho blanco que buscó la *Santebme*, esa isla de reposo que sorprendió Boecklin, donde juegan sus maravillosas náyades y sus monstruos extraños. En la puerta misma de la galería del castillo han grabado su nombre dos seres privilegiados que conocieron el misterio de este río: Goethe, Schiller.

Es éste el lugar de mayor belleza del río que recorre el territorio suizo en calma, con toda su plenitud y toda su virginidad. En algunos momentos se diría que para su corriente para contemplarse á sí mismo y para guardar la imagen de los paisajes retratados en su linfa. Se tiene aquí la visión completa del mundo sobrenatural que han vislumbrado los poetas. Tienen que vivir los gnomos en esos bosques de árboles altos y jugar a las náyades en esas aguas verdes.

Luego el Rhin parte á Basilea y continúa su marcha triunfal por la Selva Negra y atraviesa la Alemania Romántica, la de los castillos feudales, construidos como nidos de águilas en el pico más alto de los montes. Aquí el Rhin está en toda su pureza creadora; riega los campos de viñedos que dan las famosas viñas; sustenta navegación de alto bordo, y á sus orillas viven pueblos y ciudades de tanta importancia como Maguncia, Colonia y Dusseldorf, la patria del inmortal Heine.

Y como si esta carrera triunfante la hiciese á costa de su propia vitalidad, el Rhin comienza á debilitarse y se le ve partirse en tierra holandesa, bifurcarse, subdividirse en mil ramas, promiscuar con otros ríos y formar canales inmóviles.

Es en esta última parte de su curso cuando más nos conmueve á los que lo hemos admirado tan bello en su pujanza. Lo distinguimos en todas esas corrientes del *Oude Haven* y el *Oude Maas*, lo saludamos oculto bajo su nombre de *Yssel* cuando, manso y lento, va con cansancio de luchador á arrojar anémico, vencido y moribundo, en el mar del Norte y en el pintoresco Zuiderzee.

CARMEN DE BURGOS
«Colombine»

LA ESFERA

ARTE MODERNO



NOCTURNO, dibujo de A. Delgado

CURIOSIDADES DE LA GUERRA

LOS BURROS QUE VAN DE ESPAÑA

PARA nosotros, el asno es un animal un poco cómico y un poco sentimental. Su enorme cabezota, su conjunto desgarbado y tosco, su resignación estúpida, nos hace reír. Nos acordamos del payaso que vimos, siendo niños, que convertía á su borriquillo en toro poniéndole unos enormes cuernos de cartón y lo lidiaba como si fuese un novillejo. En lo más interesante del espectáculo, cuando el payaso se perfilaba para simular la suerte de matar, el asnete lanzaba un estruendoso rebuzno recordándonos á todos su condición burral.

De otra parte, nos acordamos de una porción de cuentos que supimos en nuestra infancia, en los que figuraban asnos encantadores; asnos con inteligencia y con corazón, capaces de realizar acciones heroicas y de sentir grandes dolores espirituales. Sobre todas aquellas leyendas perduran en nuestra memoria las lágrimas que derramamos el día en que por primera vez vimos á Sancho Panza abrazando á su rucio, que creía perdido para siempre.

Luego—es preciso, ante la verdad, mortificarnos un poco el amor propio—no hay más remedio que reconocer que el burro es un animal característicamente español. En ningún otro país hay tantos ni presta tantos servicios al pueblo. Es el trotón de los pobres. De tal modo es esto cierto, que en las provincias españolas está en relación inversa el número de asnos que hay con la cantidad de miseria y de hambre que padece el pueblo. (Brindo esta observación, completamente original, á los sociólogos trashumantes del Instituto de Reformas Sociales y de otras burocracias socializantes). Donde hay muchos burros hay pocos pobres. Es más, villa ó aldea donde se cuentan muchos asnos, tiene su propiedad rural muy repartida. Así, pienso muchas veces que es grave error que el Estado español gaste grandes sumas en fomentar la cría caballar. Es la reproducción de burros y la multiplicación del burro y la divulgación del burro lo que el Estado español debería procurar, desdeñando la cooperación que en esta labor le prestan los autores de libros de texto. Es posible que si todo lo que España gasta en Institutos de segunda enseñanza, por ejemplo, lo gastase en criar burros y regalarlos á los la-



Un convoy de asnos dirigiéndose á las trincheras del frente francés
FOTS. HUGELMANN

brriegos, estuviese la nación más rica y ciertamente más culta.

En lugar de hacerse esto, la guerra europea nos ha hecho, entré otros daños, el de llevarse la mayor parte de los burros que aquí quedaban, con lo que, además, los pocos que quedan han doblado su valor, dificultando su posesión para los campesinos pobres. Si seguimos así va á convertirse el burro en un animal precioso, en algo así como los tigres y las panteras que llevan los domadores de ciudad en ciudad, y entonces, España sin burros, habrá perdido todo su carácter.

En realidad, el hecho parece absurdo. En esta guerra científica, en esta guerra toda movilidad y rapidez, donde un factor del triunfo está

en los medios de locomoción, y donde los automóviles están acumulados en la retaguardia por decenas y centenares de millares, ¿qué puede hacer un pobre burro? ¿Para qué pueden servir ciento ni mil ni diez mil burros?

Además, el paciente compañero del labriego, sobrio y humilde como él, dócil y sumiso soportador de toda carga y todo castigo, como cualquier ciudadano de un país civilizado, es un mal compañero del soldado. Una de las características del burro es que no tiene noción del peligro. Por eso habréis observado que los contrabandistas no emplean nunca el burro en sus trabajos, ni los bandidos de carreteras reales, y es que, á lo mejor, cuando más necesario es deslizarse con cautela ó permanecer escondidos, el burro levanta la cabeza al cielo, pone los ojos en blanco y lanza su estruendoso rebuzno, petulante como un cartel de desafío de D. Juan Tenorio: «Aquí hay un burro, para quien quiera algo de él», parece decir con su desacordada cavatina.

Los burros españoles han sido llevados al frente de batalla. Los indios trajeron antes algunos elefantes y creyeron que darían gran resultado en esta contienda, como dieron en los ejércitos de Anibal; ayer por la mañana, como quien dice. Pero ha acontecido que el burro ha vencido al elefante; éste ha resultado un trasto inútil, mientras que el burro presta grandes servicios. El elefante necesitaba una gran cantidad de heno, que había que darle cuando llegaba la hora de su almuerzo ó su comida. Un retraso de diez minutos le enardecía; bramaba y pateaba. El pobre burro, cuando después de una ruda jornada de trabajo no se le ha podido servir ni un modesto desayuno, dobla las orejas hacia el suelo, entorna los ojos y se pone á filosofar sobre la banalidad de las cosas humanas. Así, por humilde, por resignado, por sufrido, por sobrio, por austero, digámoslo en una palabra, por español, el burro está siendo el encanto de las trincheras y está prestando un gran servicio. Le acontece que suele llegar tarde, pero lo mismo les está aconteciendo á las naciones que se van complicando en la catástrofe... Llegan tarde, mal y con daño.



Asnos de las trincheras pastando mientras se reparan las a bardas

MARTIN AVILA

DE NORTE A SUR

Guys, Steinlen y Hodler

Flota el arte, como una rosada nichla, sobre la guerra. Persisten, á pesar de los combates, las Exposiciones. Se piensa ante ellas en la lozanía fresca y fuerte de las flores brotadas en tierra de cementerio. Se confía también consoladamente en que de tantas cosas como la hecatombe derrumbará para siempre, el arte se salvará.

Claro es que un arte experimentado en el dolor, afianzado en la amargura, iluminado por antorchas de exterminio. Pero arte, al fin, que nos redimirá de esta infamia donde han colaborado las fábricas de municiones y los libros de caja.

Terminada la guerra, cuando tornen de las trincheras los hombres de la granada juventud y del espíritu bamboleado por tan fuertes y contradictorios vientos, es cuando resurgirá este arte decisivo, nuevo y perdurable.

Hasta entonces resulta algo más que curioso ver las obras retrospectivas, los ensayos actuales para las obras futuras y los símbolos de videncia.

Estos tres aspectos artísticos los hallamos en tres Exposiciones simultáneas y abiertas aún al público. Dos en París y una en Basilea.

Las de París son de Constantin Guys y de Steinlen. La de Basilea de Fernando Hodler.

En el Salón Nunés y Fiquet, de la Avenida Malakoff, se han reunido unos cuantos dibujos y acuarelas de Constantin Guys.

Constantin Guys murió en 1889. Siete años antes, cumplidos ya los ochenta de su vida, le atropelló un carruaje lleno de máscaras, en la calle del Havre, una tarde de Carnaval. Hubo que amputarle las piernas y esperó la muerte siete años en la inmovilidad más absoluta, en un hospitalario lecho del Asilo Dubois...

Sombrío y trágico final de una existencia que calentó la gloria, inflamó el amor y asaetearon divinas y fecundas inquietudes...

Constantin Guys es el historiador gráfico del segundo Imperio francés.

Por sus dibujos, tan nerviosos, tan animados de sugestiva realidad, desfilan los ambientes de la formidable serie de los Rougon-Macquart, las mujeres que retrata-

ron Manet y Renoir, que sorbieron la médula á Maupassant, que impregnaron de perverso y diabólico fatalismo los versos de Baudelaire. Sin necesidad de desnudarlas, como Feliciano Rops á las suyas, las hizo Constantin Guys todavía más terribles, más enloquecedoras todavía que las del grabador belga.

Constantin Guys nació en Flesingue el año 1802. A los veinte ingresó en un regimiento de caballería, y en Grecia se rozó su uniforme con el de lord Byron.

Durante esta época, sin duda, hizo los estudios que le dieron más tarde tan exacto conocimiento del caballo, ese caballo esbelto, fino, de patas braceantes y cabeza erguida que siempre figura en sus acuarelas.

Pero hasta los cuarenta años no empezó á dibujar seriamente. En pleno dominio de su cerebro y de su mano, cuando las observaciones, las sensaciones lentamente recogidas, solicitan irrefrenable exteriorización. Había guerreado, era experto en amores, su temperamento le acicateó á viajar por tierras de España, de Italia, de Bulgaria, de Egipto, tierras de hermosas mujeres y caballos hermosos.

Modesto en demasía, no firmó nunca ningún dibujo y prohibió á Baudelaire que figurase su nombre en el admirable estudio que el poeta le dedicó, titulado *Le Peintre de la Vie Moderne*, y mostróse profundamente enojado con Thackeray por un artículo en el cual el humorista inglés laudaba al francés.

Nosotros debemos amarle. Guys fué el pintor de toda esa época que palidece en nuestros álbumes de familia, señores de sombreros atubados, de altos cuellos y corbatas estrechas y acampañados pantalones, que nos miran tristemente, es-



Estudio de señora, grabado en madera

mentos palpitantes de la contienda actual. Asperamente, virilmente, con ese ímpetu generoso y enérgico del gran dibujante, está enfocada la guerra desde muy diversos puntos de vista. Y siempre con la sagrada cólera y la cauterizadora compasión que se dividen el temperamento de Steinlen.

Steinlen no es francés, aunque toda su vida y todo su arte estén, desde hace más de treinta años, entregados á Francia.

Steinlen es suizo. Su padre era profesor de dibujo; sus ocho hermanos dibujaban también.

«¿Cómo le apresó el deseo de París?—pregunta Anatole France—. Muy joven leyó *L'Assommoir*, de Zola, y recibió la revelación de todo un mundo de trabajo y sufrimiento, y emocionado por esta apocalipsis de la miseria, se sintió atraído hacia nuestros *jaubourgs* por una irresistible simpatía y por un secreto presentimiento de que sólo aquí podría desenvolver toda su alma.»

Desde entonces, Steinlen le gritó á París el escándalo de sus hondas ignominias. Es el descubridor de todas las lacerias sociales. Su obra, tan vasta, tan incesante, tan infatigable, inundó la ciudad y sumergió los espíritus en oleadas densas y profundas. Porque la obra de este atormentador generoso tiene algo de aguas negras y espesas que avanzan en el silencio de la noche...

ooo

Otro suizo, pero éste confinado en su ambiente propio, más cerca de las nórdicas influencias germánicas que de la agilidad latina, es Fernando Hodler, que ahora expone sus obras en los salones de la Sociedad de Bellas Artes de Basilea.

Fernando Hodler nació en Berna el año 1853. Es un hijo espiritual de Boecklin. Ama los símbolos y la agresividad colorista. A partir de su «segunda manera», Hodler es más violento, más rudo, más bárbara y preconcebidamente enérgico en el trazo y en el cromatismo. Elige asuntos de combates medioevales ó de éxtasis de mujeres enfermas. Su arte es triste, grave y hosco.

Yo podría citaros figuras de Fernando Hodler que han aparecido en revistas españolas firmadas por otros señores. Podría desenmascarar á unos cuantos autores de lienzos modernos que han visto demasiado á Fernando Hodler.

Algún día lo haré. Pronto se consagrará de un modo definitivo en Zurich al gran pintor suizo, y entonces será llegado el momento.

JOSÉ FRANCES



“El combate”, “panneau” decorativo de Fernando Hodler

tirado el rostro por la perilla, apoyado el brazo izquierdo sobre una columnita; damas con amplios miriñaques y minúsculas capotas; niñas que enseñan los pantalones por bajo de las cortas y huecas faldas; generales que recuerdan al buen Mac-Mahon. Y debemos amarle también porque supo ver á España. Recuerdo uno de sus dibujos. Se titula *La Femme á la mantille*, y es castizamente español. A primer término marchan dos mozas: es la una remembranza de mujer orteguesa, con su falda corta, sus medias blancas, peinado con gran peineta y abanico descomunal en las manos finas y breves. La otra, la más interesante, se inclina hacia atrás para mirar al espectador, envuelta en la mantilla. En el fondo, dos artesanos, embozados en sendas capas, conversan.

¿No os recuerda esta composición otras que había de hacer Zuloaga después de Constantin Guys, así como Constantin Guys la imaginó después de las de Goya?

ooo

Steinlen expone en la Galería de La Boétie más de doscientas Páginas de Guerra. Son mo-



“En la Estación del Este”, dibujo de Steinlen



Flores del Campo

REMEMBER

ME quiere? ¿No me quiere?
Tantas veces como se lo pregunta al abanico, éste le responde que no.

Y con sus enormes ojos negros, un poco húmedos, sueña la niña.

En el salón, saturado de aromas de FLORES DEL CAMPO, todos se divierten, sin olvidar á él, al que un día suspirará á su oído tantas bellas cosas. Por eso, huyendo de la felicidad, alejada de todos, nuestra damita romántica observa y sufre. Mil veces, sin necesidad del espejo encantado de la vieja Maharina, se ha visto en su tocador bella, dulce, deliciosa, bajo el marco sombrío de sus rizos negros. Y le ha parecido

la cosa más natural del mundo que los hombres enloquecieran de amor.

Contados: son muchos los galanes que deshojan flores sobre su falda; mas, ¿qué importa, si ninguno de ellos es él?

Nuestra damita, después de pensarlo mucho, eligió; pero eligió mal. Se dejó seducir por el más amable, el más atrevido, el más bullicioso, el más gentil, porque hablaba con más desenvoltura que los otros. Es de siempre: hombre que no habla, hombre perdido, sin comprender que la admiración es muda y que quien mucho ama, mucho calla... Ella escogió un cortesano frívolo, hueco por dentro, y en el pecado llevó su penitencia. El hueco se ha llenado de otra, blanca y fina, gra-

cias á los POLVOS DE ARROZ «FLORES DEL CAMPO», sutiles y poderosos. Y ahí la tenéis, á solas con su abanico, soñando su pesadilla amorosa.

—«La seducción sólo tiene un camino, el de la PERFUMERÍA «FLORALIA». Tu rival usa los milagrosos productos de ese palacio encantado. Ve allí y véncela con sus propias armas, porque su rostro no es mejor que el tuyo, pero sus adornos sí. Despierta y da el combate que para ti la victoria es.»

Y, por primera vez en la noche, el abanico se muestra piadoso.